



Cuentos  
de sueños  
y sombras

Dorys Rueda

## **Cuentos de sueños y sombras**

***Dorys Rueda***

Edición: Dorys Rueda

ISBN: 978-9907-0-0027-6

Derechos de la autora: QUI-068925

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, sin permiso previo y por escrito de la autora.

# TABLA DE CONTENIDO

<b>PRÓLOGO .....</b>	<b>1</b>
<b>SOMBRAS COTIDIANAS .....</b>	<b>2</b>
EL CHEF .....	3
ENTRE LA NADA .....	4
LAS LLAMADAS .....	6
EL ESPEJO .....	8
EL REFLEJO VIVO .....	10
EL SOBRE .....	12
EL DIÁLOGO .....	14
CEMENTERIO EN HUELGA .....	16
<b>EL TIEMPO ROTO .....</b>	<b>18</b>
LA MEMORIA ROTA.....	19
LOS RELOJES DEL LLANTO .....	22
LA GRIETA DEL TIEMPO .....	24
AMOR Y TIEMPO.....	26
TIEMPO INVERTIDO.....	28
CINCO MINUTOS .....	30
LA MEMORIA SUSPENDIDA.....	32
LA DIRECCIÓN DEL RECUERDO.....	35
<b>LA CIUDAD IMPOSIBLE .....</b>	<b>37</b>
EL CIELO TAMBIÉN TIENE SED .....	38
EL PUENTE .....	40
LA CIUDAD ELÁSTICA.....	42
LA CIUDAD QUE PERDIÓ EL NOMBRE.....	44
EL ASCENSOR .....	46
LA SILLA .....	49
LA RED DEL SILENCIO .....	51
EL JARDÍN INTACTO .....	54
<b>EL LENGUAJE ENFERMO .....</b>	<b>56</b>
LAS PALABRAS DICHAS.....	57
CUANDO LAS PALABRAS ENFERMARON .....	59
CUANDO LOS REFRANES DESPERTARON.....	61

EL IMPUESTO A LAS PALABRAS .....	63
LA VOZ RENOVADA .....	66
<b>LO HEREDADO Y LO MÍTICO .....</b>	<b>68</b>
LAS SOMBRAS .....	69
LA OSCURIDAD HEREDADA.....	71
LA CASA HERIDA.....	73
LA DAMA QUE BARRE EL CIELO .....	75
EL SOMBRERO.....	77
EL ÁRBOL .....	79
<b>LA AUTORA.....</b>	<b>81</b>

A mi esposo Héctor, mi compañero de vida, y mi apoyo constante detrás de cada palabra.

## PRÓLOGO

Este libro no es una puerta, sino una grieta. Una intuición que acompaña cada paso. No abre con certezas ni promete respuestas; apenas sugiere, insinúa, deja entrever.

Cada cuento nace en un rincón donde el sueño roza la sombra, donde lo cotidiano se tuerce apenas —lo suficiente— para que esa mínima alteración lo transforme todo. Porque, a veces, basta un leve desvío para revelar lo que siempre estuvo allí, en silencio, esperando ser nombrado.

Las historias reunidas aquí hablan de reflejos indóciles, relojes que lloran, ciudades que se estiran, voces que se reinventan y objetos que parecen saber más que nosotros. Unas dialogan con el tiempo, otras con la pérdida o el absurdo; varias, con aquello que se resiste a ser dicho: el lenguaje, la espera, el eco. Hay casas que recuerdan, ascensores que conducen a memorias, sillas que vigilan en silencio, puentes que no unen lugares, sino emociones rotas.

Cada relato es un umbral entre lo que entendemos y lo que apenas presentimos. Las sombras que los habitan no son oscuridad sin forma, sino presencias vivas, interrogantes abiertas, temblores que no se resuelven.

No se trata de leer con los ojos, sino con la piel atenta, la memoria dispuesta y el corazón abierto a lo imprevisto. Quizás, en algún rincón de estas páginas, usted, lector, se descubra mirando algo que creía haber olvidado, y tal vez, si se deja llevar, sienta una emoción que lo mire desde dentro, como si algo antiguo despertara en silencio.

**Dorys Rueda**

## SOMBRAS COTIDIANAS

Lo cotidiano  
abriga la sombra:  
parece costumbre,  
hasta que un gesto  
la despierta.



## EL CHEF

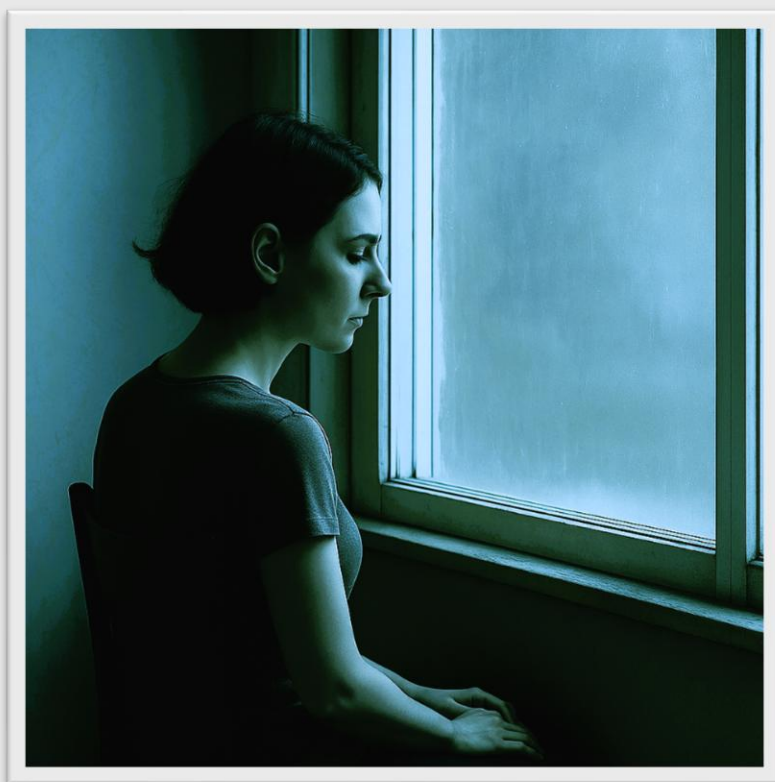


**E**ra el chef del restaurante más exclusivo de la ciudad, no solo por su ambiente refinado y su cocina impecable, sino por una regla peculiar que lo hacía verdaderamente único: allí el menú nunca se repetía.

Cada día, los comensales se sorprendían con platos que desbordaban la imaginación, mezcla de ingredientes inusuales y creaciones inesperadas. Todos coincidían en que la experiencia era única. Al marcharse, sus rostros irradiaban una alegría indescriptible. En cambio, él se negaba a preparar sus propios alimentos y pedía que otro cocinara para él, temeroso de esa felicidad que todos disfrutaban.

Un día decidió preparar el postre que más le agradaba. Mientras lo degustaba, lejos de encontrar la ansiada felicidad, una inquietud sombría lo invadió: en su mente se dibujaba lentamente el contorno de su destino. En ese instante comprendió lo que se avecinaba. El terror se apoderó de él. Al terminar el postre, supo que nada podría revertirse. El silencio lo envolvió y, sin más, se desvaneció.

## ENTRE LA NADA



**P**ensaba en Miguel, en su ausencia y en las mentiras que aún ardían en su alma, como hierro candente. También en su decisión de quedarse con su esposa, como si el amor pudiera partirse en dos, sin astillarse ni morir en el intento. Ese pensamiento se retorció en su interior, oprimiéndole el pecho, dejándola inmóvil: estatua de dolor.

Frente a ella se alzaba un edificio colosal. Observaba el vaivén del elevador, subiendo y bajando como un péndulo incesante, mientras la gente entraba y salía sin mirarla, olas humanas que se rompían contra la orilla del día.

Un malestar en sus pies la obligó a mirar abajo. Con horror descubrió que ya no estaban: sus piernas se deshacían, convertidas en un humo frío, como si nunca hubieran existido. El vacío avanzaba, tragándose su cuerpo y sus certezas.

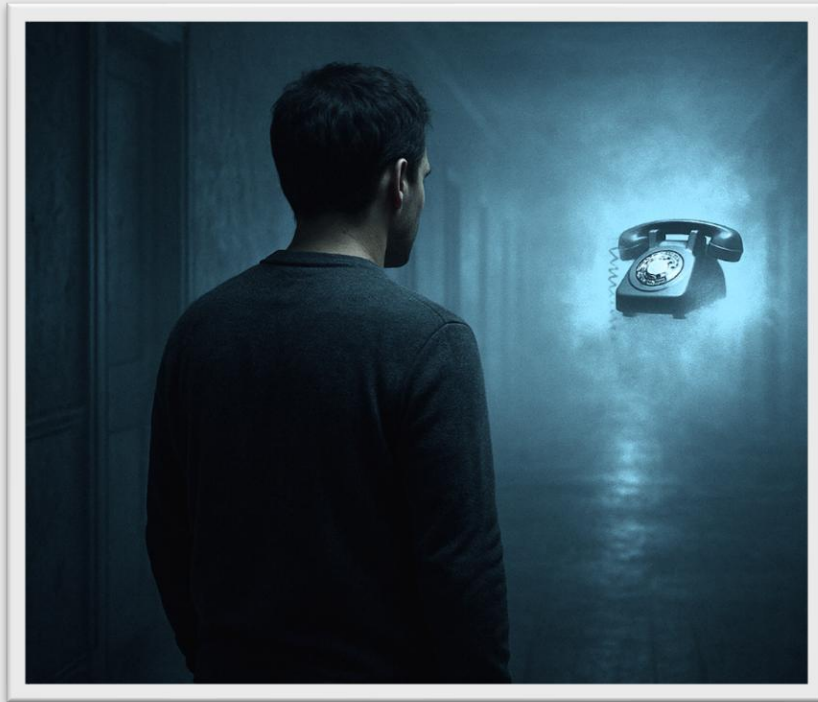
Con un gesto repentino buscó su reflejo en el vidrio, una última confirmación de estar ahí. El cristal permanecía mudo, no devolvía nada. La nada se volvió densa, aplastante, como si la tierra misma

absorbiera su ser. En medio de ese abismo creciente, también Miguel comenzó a disolverse, igual que un recuerdo que se diluye en el agua.

Se quedó estática, con la respiración suspendida, mientras una pregunta le estallaba dentro, como un disparo seco:

¿Fui real o tan solo un recuerdo inventado?

## LAS LLAMADAS



**C**ada noche, durante un mes entero, a la misma hora, un hombre recibía una llamada de su propio número. Al principio pensó que era una coincidencia absurda o un error del sistema. Pero al contestar, lo que escuchaba lo descolocaba por completo: era su propia voz.

No se trataba de un mensaje grabado ni de una distorsión telefónica, sino de su voz real, pronunciando algo que nunca lograba entender. Intrigado, decidió grabar el mensaje, pero por más que lo reproducía, las palabras seguían siendo indescifrables. Cada intento terminaba en el mismo desconcierto, acompañado de una sensación inquietante: un frío que se deslizaba por su cuerpo, como si una brisa helada se filtrara por las rendijas de la ventana, aunque la noche estuviera cálida.

Cambió de número varias veces, convencido de que así escaparía de aquella anomalía, pero la llamada siempre volvía.

Una noche, mientras descansaba en su habitación, el teléfono sonó de nuevo. Esta vez la voz emergió clara, rotunda, sin ambigüedades:

—¿Puedes oírme?

La pregunta lo heló por completo, como si su mente fuera arrastrada hacia un lugar desconocido. Sin pensarlo, apagó el aparato y se levantó apresuradamente, intentando salir de la habitación. Sin embargo, al hacerlo, descubrió que algo había cambiado: la puerta parecía más lejos de lo que recordaba y el pasillo, antes tan familiar, se extendía interminablemente.

Un peso invisible lo mantenía inmóvil, como si el aire se hubiera vuelto denso, demasiado espeso para atravesarlo. El frío ya no era una simple brisa: era una presencia que lo envolvía con un dolor ajeno, punzante. Y, mientras esa fuerza lo aprisionaba, notó que incluso el tiempo se quebraba: los minutos que transcurrían en ese momento se estiraban y se contraían sin lógica, como si el propio instante respirara de manera irregular. En ese vaivén, hasta su propia respiración comenzó a alargarse y a deformarse, al punto de no estar seguro de si realmente seguía respirando.

Buscó un asidero en lo único que siempre le había sido confiable: el reloj de la pared. Pero la certeza también se le negó, porque las agujas habían comenzado a moverse hacia atrás.

Entonces comprendió, con un terror helado, que cada paso que daba no lo acercaba a la salida, sino que lo empujaba más lejos de sí mismo. Y, en medio de esa certeza imposible, se preguntó si todo había comenzado un mes atrás o si, en realidad, nunca había comenzado.

## EL ESPEJO



**E**lla estaba de pie junto a la ventana abierta de un edificio de diez pisos. La ciudad, allá abajo, seguía su curso indiferente, ajena a la tormenta que la desgarraba. Su mirada se hundía en el vacío, mientras las palabras escapaban de su boca sin que lo notara. Murmuraba sobre la rutina asfixiante de su matrimonio, el dinero que nunca alcanzaba, los fracasos que la perseguían como sombras.

—¿Qué más queda? —susurró, como si la respuesta flotara en el aire.

Entonces, una presencia invisible ocupó el espacio a su lado. No se molestó en mirar; estaba demasiado cansada. Una voz masculina, calma y helada, rompió el silencio:

—Has tomado la mejor decisión.

La frialdad de esas palabras le erizó la piel. Hubo una pausa breve, como un filo suspendido, antes de que la voz sentenciara:

—Debes hacerlo. Ahora mismo.

Giró la cabeza con lentitud, buscando al hombre. La habitación estaba vacía.

—Estoy alucinando —murmuró.

Avanzó hacia la ventana, pero un destello en el suelo la detuvo. Allí descansaba un espejo antiguo, con el marco gastado por los años. Recordaba haberlo visto antes, relegado en un rincón. Lo recogió con cautela y, al mirarse, el vértigo se interrumpió.

En el reflejo no apareció solo su rostro: también los ojos severos de su madre, las manos laboriosas de su tía, la mirada firme de su abuela y el cabello gris de su bisabuela. Todas ellas estaban allí, suspendidas, como si la sostuvieran en silencio. No pronunciaban palabra, pero tejían una red invisible que la envolvía, susurrándole que aún quedaba un tiempo por recorrer.

Un viento frío se coló por la abertura y le erizó la piel. Cerró de golpe la ventana, como quien aparta el vacío, y dejó el espejo en su lugar. No volvió la vista atrás, pero sintió que aquellas miradas la sostenían, recordándole que aún no era tiempo de rendirse.

## EL REFLEJO VIVO



**S**alió de la oficina al mediodía y se sentó en una banca del parque. Cerró los ojos un instante, respirando el silencio que la rodeaba.

De pronto, sintió que alguien se acomodaba a su lado. Abrió los ojos, pero el banco seguía vacío. Pensó que era su imaginación. Sin embargo, la sensación regresó, más fuerte, como si una presencia invisible se hubiera instalado junto a ella. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Se levantó, aún confusa, y comenzó a caminar, con la esperanza de dejar atrás aquella extraña sensación.

El rumor de sus pasos sobre el suelo se amplificaba en el silencio del parque, como si resonara más de lo normal. Pronto lo sintió otra vez: un compás idéntico al suyo, un eco preciso que no podía pertenecerle solo a ella. Era como si otra presencia, invisible y obstinada, copiara el sonido de su andar. El corazón se le aceleró y cada fibra de su cuerpo le suplicaba que no mirara. Pero se detuvo bruscamente, con la respiración entrecortada y, al girar la cabeza con lentitud, la vio.

Caminaba junto a ella una figura idéntica, en cada detalle, como si su sombra se hubiera hecho carne. No era un reflejo ni una ilusión: era ella

misma, convertida en presencia tangible. Su otro yo la imitaba con precisión inquietante: cuando ella aceleraba, la figura también lo hacía; cuando frenaba, la otra se detenía.

Cansada de huir, regresó a la banca y se dejó caer, evitando mirar hacia la derecha. «Es una alucinación», se repetía, aferrándose a esa idea. Pero, esta vez la figura se sentó a su lado, cruzó las piernas como ella y, con una voz tan parecida que resultaba insoportable, murmuró:

—Tal vez no sea tan malo tener un yo idéntico.

La frase la desconcertó. Por un instante, incluso le sonó tentadora. ¿Y si no era tan terrible? Podría desprenderse de algunas cargas, dejar en otras manos lo que la consumía, descansar al fin. Con frialdad repentina, empezó a darle forma a un trato.

—Tienes razón. Quizá no sea tan malo. Tú podrías quedarte en casa y encargarte de lo que yo no quiero. Yo me ocuparía de lo que realmente importa.

El otro yo la miró con espanto, como si hubiera escuchado la peor de las condenas. Sin decir palabra, se levantó y comenzó a alejarse con pasos acelerados, como si huyera de un perseguidor invisible.

Ella la siguió con la mirada hasta que la figura se perdió entre la multitud. El parque parecía el mismo, la ciudad seguía igual, pero un vacío profundo se instaló dentro de ella. Por un momento pensó que, si su otro yo desaparecía, ella también dejaría de existir. No fue así. Sin embargo, por primera vez se sintió verdaderamente sola, atrapada en su propia piel.

Y entonces comprendió lo peor: no temía haberla perdido, sino que regresara. Y, si volvía, lo haría para quedarse.

## EL SOBRE



**L**o encontró al irse a dormir: un sobre inmóvil bajo la almohada, como si hubiese estado allí desde siempre. No tenía remitente, solo su nombre escrito a mano y la fecha del día siguiente.

Vivía solo. Nadie tenía llave. No había forma de explicarlo. Y aun así, allí estaba el sobre, como una presencia imposible.

No lo abrió. Lo dejó sobre la mesa de noche, junto al vaso de agua, pero no logró dormir. Cada vez que cerraba los ojos, lo sentía al alcance de la mano, como si algo dentro lo estuviera observando. No hacía ruido, no se movía y, sin embargo, ocupaba el cuarto entero.

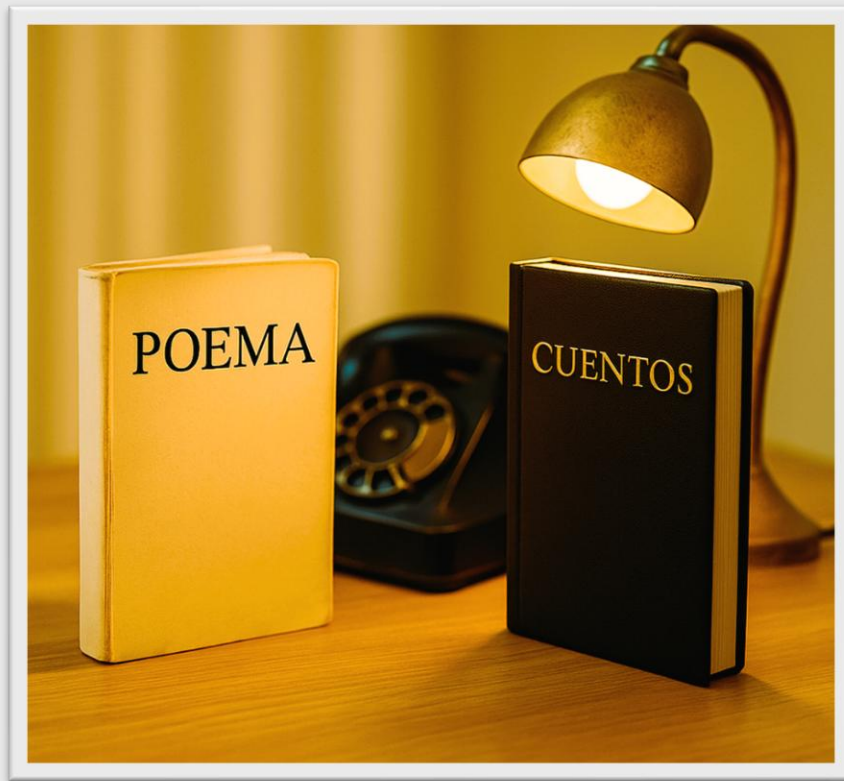
A la mañana siguiente, al regresar del trabajo, la almohada ya no estaba sola. Otro sobre lo esperaba, idéntico al primero: la misma letra temblorosa, la misma tinta incierta, como escrita con una prisa antigua. Se quedó inmóvil unos segundos, conteniendo el aire, hasta que por fin lo abrió. Dentro había un papel grueso, áspero al tacto, que parecía respirar bajo sus dedos. En el centro, con una nitidez que lo atravesó como un cuchillo, se leía: «Quédate en casa».

Obedeció y se quedó. Pero nada sucedió, salvo un silencio más denso de lo habitual, un tiempo detenido que parecía negarse a terminar.

Al día siguiente, al acomodar la almohada, sus dedos rozaron un nuevo sobre. Estaba allí, intacto, esperándolo. Lo abrió de inmediato. Esta vez no había fecha, solo una frase breve y firme, escrita con la misma mano desconocida: «Ya estás dentro, conmigo».

Cerró los ojos con un temblor inevitable y, al abrirlos, descubrió que la noche lo había rodeado en silencio. Bajo la almohada lo aguardaba otro sobre, semejante a los anteriores. No necesitó abrirlo para entender: ya no estaba leyendo mensajes, sino respondiendo a ellos con su propia existencia. El tiempo lo había encerrado dentro de sí y, ahora, era él mismo quien escribía los sobres.

## EL DIÁLOGO



**A** medianoche, cuando el mundo parecía detenerse en su propio borde y el aire tenía la quietud de una página abierta, el poema y los cuentos se encontraron en un cruce desierto, donde solo el aliento de las palabras llenaba el silencio.

El poema habló primero, con una voz temblorosa y honda, como si cada sílaba naciera de un silencio antiguo:

—Quien me creó escribía sobre el silencio; no lo nombraba “vacío”, sino “*hambre que dolía*”, “*sed que quemaba*”, “*nostalgia que ardía*”.

En sus versos murmuraba:

«Los pájaros vienen al caer la tarde.

Los pájaros se van al caer la espera».

Allí, lo callado no moría: se convertía en pulso, en herida que respiraba.

La voz de los cuentos, serena pero firme, respondió tras una pausa que contenía siglos de historias:

—Quien nos crea busca borrar la frontera entre lo real y lo irreal, entre lo tangible y lo invisible. En nuestras páginas, los objetos hablan, las sombras respiran y el tiempo se dobla como un papel cansado. No entregamos certezas: ofrecemos un territorio abierto donde cada frontera se vuelve eco y cada seguridad se disuelve en duda.

El poema lo meditó un instante y dijo, con una claridad que brillaba: —Nacimos de sus manos, pero ya no dependemos de su intención: somos palabras que respiran por sí mismas, huellas que siguen caminos que sus pasos nunca pisaron.

Los cuentos añadieron, como si cada palabra los sostuviera en pie: —Somos frases que germinan en sentidos que sus manos nunca imaginaron.

El poema bajó la voz, con una ternura que dolía:

—Sí, los autores nos inventan. Pero en cada lectura pronunciamos otra verdad, algo que se desprende de ellos y deja de ser suyo.

Y los cuentos concluyeron, con la firmeza de un murmullo irrevocable: —Nuestra libertad es esta: desbordar la voluntad de quien nos soñó.

El poema y los cuentos se miraron. No hubo más palabras. Se abrazaron como sombras que se fundían en la penumbra de un mismo sueño. Y el cruce desierto se deshizo, dejando en el aire un eco: toda obra, una vez escrita, rompe la mano que la engendró y respira con vida propia.

## CEMENTERIO EN HUELGA



**E**n aquel camposanto, la eternidad se había convertido en un tedio insoportable: los días eran idénticos y hasta la muerte parecía repetirse.

Las flores eran siempre las mismas —claveles rojos o blancos— y los vivos repetían el «Nunca te olvidaremos» como quien recita un eslogan publicitario de pésame.

Un difunto suspiró desde su lápida:

—Otra vez lo de siempre. ¿Tan complicado es ser originales?

Otro, con voz cansada, replicó:

—Yo ya me sé de memoria el llanto de mi nuera. Lloro como actriz de telenovela turca: capítulos interminables, sin pausas, y siempre con el mismo guion de sollozos.

Desde una esquina del panteón, un tercero carraspeó con discreción antes de intervenir:

—Y ni hablemos de los rezos. Letanías interminables, pura culpa disfrazada de devoción.

Mientras tanto, una calavera curiosa miraba hacia la entrada y murmuraba:

—¿Y qué me dicen de la ropa? Unos llegan de luto impecable, otros en shorts fluorescentes y hasta hubo uno que vino en pijama. Esto parece velorio, gimnasio y discoteca, todo junto.

Hartos de tanta rutina, los difuntos convocaron asamblea general bajo el ciprés mayor. Por unanimidad, aprobaron declararse en huelga.

Ya no atenderían a los visitantes. Fingirían estar ocupados, desaparecidos o, simplemente, fuera de servicio.

—Si quieren recordarnos —dijo uno con ironía—, que al menos nos traigan un buen chisme.

—O una anécdota cómica —añadió otro—. Algo que realmente valga la pena para salir de la sepultura.

Y así, de tumba en tumba, se pasaron la idea de colgar un letrero en la entrada del cementerio. Cuando al fin quedó listo, en letras firmes y con sello espectral, podía leerse:

«Atención suspendida hasta nuevo aviso.

Reclamos, al más allá.

Gracias por elegirnos para descansar».

## EL TIEMPO ROTO

Cuando el reloj se quiebra,  
la memoria y las lágrimas revelan  
las grietas del tiempo.



## LA MEMORIA ROTA



**S**oy médico.

He visto cuerpos apagarse como lámparas que se disuelven en la penumbra. He sentido corazones detenerse en mis manos, como relojes que olvidan su hora final. He llorado en el límite, cuando nada más podía hacerse, porque también en la impotencia habita un deber secreto: permanecer. Y, sin embargo, aquella mañana algo se quebró.

La Muerte cruzó los pasillos del hospital. No era un espectro solemne ni un ángel de sombra, sino una figura gastada, con el rostro hundido en penumbras y ojeras como cuevas abiertas en la noche. Sus pasos arrastraban un cansancio antiguo. Bajo el brazo llevaba una libreta deshecha, cubierta de nombres borrados, de páginas donde las letras parecían diluirse en una marea invisible. Su voz era apenas un murmullo, un eco fatigado que se extinguía en cuanto nacía. Y, con ese mismo murmullo, se inclinó hacia el anciano que había suplicado durante semanas el descanso.

Él la reconoció sin dudar y le dijo con un hilo de aliento:

—Ya es hora, llévame.

Ella abrió la libreta. Las páginas se movían como si temblaran solas. Acercaba los ojos, los apartaba, volvía a leer lo que ya estaba borrado. Un nombre aparecía y desaparecía bajo su mano. Finalmente, levantó la cabeza. Su voz llegó como un susurro gastado, apenas audible:

—No me acuerdo. No sé si era hoy.

El anciano cerró los ojos, resignado, como quien espera un tren que nunca llega. Yo me quedé inmóvil. La Muerte, que siempre supimos infalible, parecía haber perdido el rumbo. Desde aquel instante comenzó a vagar por los pasillos como si fueran corredores de un sueño interminable.

Se inclinaba sobre camas vacías y pronunciaba palabras que nadie entendía. A veces, confundía nombres y afectos, como si buscara una historia extraviada. Más perdida en su memoria que dueña de la ajena, su presencia dejaba un rastro de preguntas en lugar de miedo. Y, mientras ella se perdía en sus corredores, el mundo comenzaba a fracturarse.

Algunos pacientes parecían atrapados en un umbral sin salida: ancianos que respiraban con cuerpos vencidos, implorando un final imposible; familias repitiendo la despedida una y otra vez, como ecos que no sabían apagarse. Afuera, los cementerios se cubrían de hierba que crecía sobre un silencio sin reposo. Las palas quedaban abandonadas en la tierra inmóvil, los templos se cerraban sin rito y las funerarias permanecían vacías. Todo estaba suspendido en una espera sin nombre.

Pero, aun en esa quietud sin horizonte, en las grietas del olvido aparecían destellos: un niño que debía partir en la madrugada abrió los ojos al mediodía y pidió un helado, como si la vida hubiese recordado un capricho antiguo; una mujer sostenida por máquinas despertó solo para escuchar la voz de su hija; amores gastados hallaron un último abrazo y enemigos de antaño se miraron sin rencor.

En aquel tiempo desajustado, la vida respiraba de manera extraña, como si se filtrara por las rendijas de un sueño que la muerte había dejado entreabierto.

Yo mismo, que había jurado defender la vida, me descubrí suspendido entre el espanto y la gracia. La eternidad impuesta se abría como una herida, pero en sus grietas asomaban destellos: ternura, instantes arrancados al abismo. Lo terrible y lo hermoso se confundían en la niebla del olvido de la Muerte.

Una noche la encontré dormida en una de las camas. Su respiración era lenta, casi prestada. Sobre el pecho, la libreta se deshacía en páginas borradas, en números que se repetían como letanías sin dueño. Murmuraba en sueños y, entre esas sílabas rotas, reconocí mi nombre: escrito mal, multiplicado, extraviado. Sentí un estremecimiento, como si no solo me hubiera nombrado a mí, sino también a mis dobles, a las versiones de mí que nunca existieron.

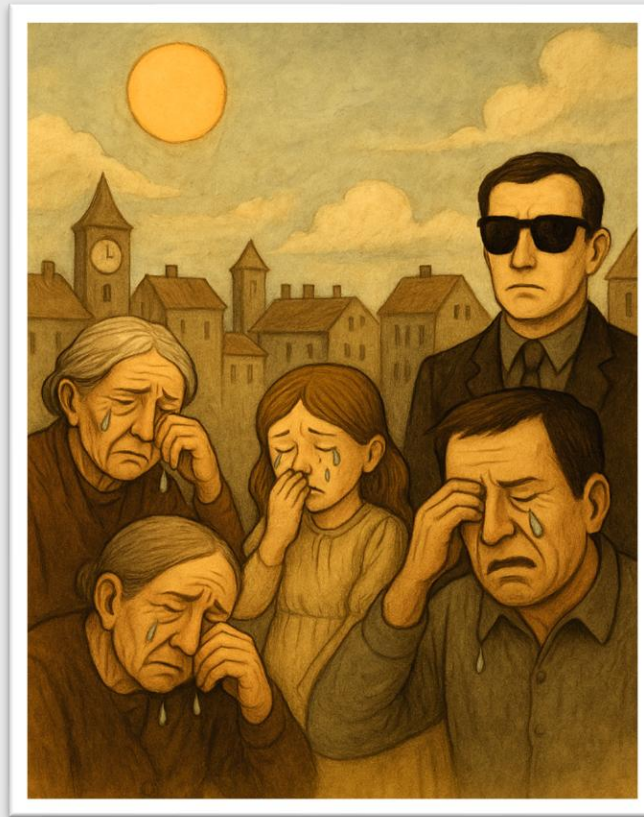
Me quedé entonces contemplándola, sin atreverme a tocarla. Comprendí que su fragilidad podía arrastrarnos a todos, que su olvido no era solo suyo, sino un abismo que se abría bajo nuestros pies.

Ignoro qué destino aguarda al mundo si la Muerte despierta de su olvido o si se extravía para siempre en él.

Soy médico.

Y vivo en la contradicción: rezar porque la muerte recuerde o rezar porque nunca lo haga.

## LOS RELOJES DEL LLANTO



**E**n aquella ciudad, los relojes no marcaban la hora, sino las lágrimas: cada sollozo verdadero empujaba un segundo; cada llanto hondo, un día entero.

Los habitantes, acostumbrados a su extraña condición, se desahogaban sin pudor: por el amor, por las pérdidas, por cartas que jamás llegaron, por traiciones disfrazadas de abrazos, por la indiferencia que dolía más que una despedida.

También se conmovían por cosas mínimas e inverosímiles: un dibujo torcido, un gatito que bostezaba como un abuelo, un zapato olvidado en la acera.

Algunos rompían en llanto cuando el café se agotaba en el instante más urgente; otros, porque el viento les despeinaba el flequillo justo antes de una foto. Lágrima tras lágrima, el tiempo fluía y el mundo giraba con

engranajes de agua salada. Y, aunque todos lloraban, nadie lo cuestionaba. Llorar era tan natural como respirar.

Hasta que un día apareció un turista de gafas oscuras y voz afilada como cuchilla.

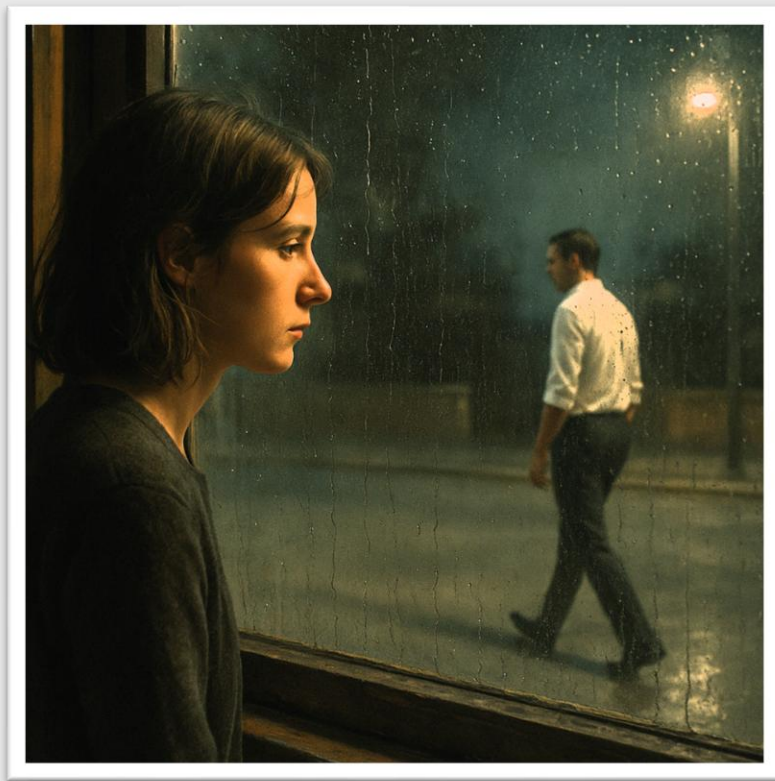
—Llorar es cosa de débiles —sentenció.

Uno le creyó. Luego otro. Después, todos. Y así, aprendieron a apretar los dientes. El silencio se volvió costumbre.

Los relojes comenzaron a fallar. Primero, apenas un tic sin tac. Luego, el vacío. El sol quedó colgado como una lámpara olvidada en el cielo. Las sombras dejaron de moverse. Los niños no cumplieron años. Las flores no se atrevieron a marchitarse.

La ciudad se volvió de vidrio: intacta, quieta, como un suspiro atrapado en la garganta. Y nadie recordaba ya cómo llorar.

## LA GRIETA DEL TIEMPO



¿Qué ocurre cuando el amor sigue caminando, pero el tiempo se queda atrás?

He perdido la cuenta de cuántas veces vivo esta misma noche. Siempre despierto a las 3:01 a.m., con el parpadeo lento, el zumbido del refrigerador y el mensaje sin leer en el celular.

Afuera, bajo la lluvia que no moja, lo veo cruzar la calle: alto, de pasos seguros, la camisa blanca pegada a la piel, el jean azul que lo viste con la naturalidad de un papel aprendido para siempre.

Al principio pienso que es un capricho del sueño o una trampa silenciosa de la vigilia. Pero la taza rota vuelve a su forma sin que nadie la toque, las migas dibujan el mismo mapa sobre el mantel y mi reflejo, impaciente, bostezo antes que yo. Entonces lo entiendo: alguien está atrapado en el tiempo. Y, tal vez, ese alguien soy yo.

Cada madrugada, todo recomienza. Es como si el mundo quedara suspendido en un instante detenido: un fragmento exacto de sesenta segundos atrapado en un ciclo eterno. Una grieta en el tiempo donde

los relojes fingen avanzar, pero en realidad se burlan. Pienso que es insomnio, pero es castigo. El tiempo me niega el olvido. Desde hace más de mil noches —tal vez más— vivo la misma secuencia como si fuera la única posible. Siempre igual. Siempre intacta. Solo el amor cambia.

Con el tiempo —si es que esto aún puede llamarse tiempo— conocí a otros. Nos encontramos en la azotea de un edificio abandonado o en los bancos de plazas donde las palomas quedan suspendidas a mitad del vuelo. Nos hacemos llamar “Los del Quiebre”. Somos los que hemos caído fuera del tiempo, reconocibles en la mirada: no buscamos nada, no esperamos nada. Solo flotamos.

Cada quien lidia el asunto como puede. Uno salta desde el tejado para rebotar en el aire antes del reinicio. Otra dibuja con carbón sobre muros invisibles que se borran a las 3:01. Un hombre aprende a tocar pasillo con un instrumento que desaparece cada madrugada. Nadie envejece. Nadie avanza. El mundo es un disco rayado que suena distinto solo para quienes han dejado de esperar el silencio.

Yo, en cambio, no hago nada. Solo lo observo. Él pasa frente a mi ventana con los ojos bajos. Cada noche. Sin falta. Y lo amo un poco más. Aunque no sé quién es, nunca me mira. Tal vez no camina porque no recuerda, sino porque lo recuerda todo.

Una noche bajé a la calle, le hablé, caminé tras él. Una vez incluso toqué su brazo. Y en ese mismo instante, el reinicio llegó. Por primera vez odié la grieta del tiempo, el minuto que no muere. Odié incluso que el amor se repita como castigo, porque el amor también duele cuando no cambia.

A veces pienso que él también lo sabe. Que me ve, pero elige seguir. Que está atrapado en la misma escena, pero prefiere que nada cambie. Tal vez, en su propia grieta del tiempo, soy yo la que pasa cada noche sin mirarlo.

O, peor: la que siempre llega, cuando ya es tarde.

## AMOR Y TIEMPO



**D**esde que volvieron a verse, después de casi media vida, el tiempo ya no se comportaba igual cuando se miraban. No era incomodidad. Tampoco culpa. Era una mirada cargada de todo lo que había quedado en silencio, que sostenía lo que no se había vivido: un incendio contenido, imposible de apagar, que los atravesaba sin quemarlos, pero dejaba cenizas en el aire.

Al principio, ella no lo entendía. Apenas se encontraban, las miradas se alargaban y el reloj comenzaba a adelantarse: cinco minutos al principio, luego diez. Cuando el silencio se prolongaba, media hora se desvanecía sin aviso. En la última cita, que duró dos horas, el tiempo los consumió. Al volver a casa, sintió como si nunca hubiera salido, como si el encuentro no hubiese ocurrido, como si todo hubiera sido una ilusión. Se inquietó. Si el tiempo podía devorarlos en dos horas sin dejar rastro, ¿qué haría con ellos la siguiente ocasión?

Cuando él le propuso verse otra vez, por dos horas, ella lo escuchó en silencio. Mientras él hablaba, imaginó ese cruce inevitable de miradas.

Le pidió que fuera toda una mañana o toda una tarde. Sabía que, al mirarse, no podrían evitarlo: el tiempo volvería a engullirlos sin piedad.

Si el encuentro se alargaba, tal vez lograrían forzar al tiempo a quedarse quieto, aunque fuera un instante, a reconocer que no podía seguir escapando con el corazón de ambos en la mano.

Él no respondió.

## TIEMPO INVERTIDO



**U**n día, el tiempo en el mundo comenzó a fluir hacia atrás, sumergiendo a la realidad en una inversión total. Aunque parezca increíble, las personas nacían con arrugas y, con el paso de los años, experimentaban un proceso de rejuvenecimiento hermoso en lugar de envejecimiento. Esta peculiaridad alteraba por completo la forma en que percibían el tiempo: los conceptos de pasado y futuro se volvían irreconocibles.

A medida que «rejuvenecían», no solo sus cuerpos se hacían más jóvenes y bellos, sino que su memoria también se desvanecía. Los recuerdos, tanto buenos como malos, no se acumulaban con el tiempo, desaparecían a medida que la gente se volvía más joven. La amnesia avanzaba a la par de su rejuvenecimiento, borrando cada vez más su identidad.

Este proceso de olvido también alteraba la forma en que percibían el futuro. En lugar de anticipar lo que estaba por venir, los eventos futuros se les revelaban como si ya los hubieran vivido, como una repetición de momentos que ya conocían. Las conversaciones, en lugar de ser

expectativas, se convertían en meras reafirmaciones de lo que ya sabían. Al mirar el cielo, alguien decía: «Este día ya lo he vivido», como si el futuro fuera una sombra del pasado, anticipado sin sorpresa ni misterio. Y cuando alguien intentaba hacer planes, como organizar una reunión o un evento, lo único que podían decir era: «Eso ya lo hemos hecho antes, ya no hace falta». Incluso cuando veían una película o una obra de teatro, podían predecir cada detalle, cada giro de la trama, como si todo estuviera escrito antes de tiempo. El futuro, lejos de ser algo incierto, se sentía como un eco vacío de lo que ya había sucedido.

Era un mundo donde los habitantes, rejuvenecidos y hermosos, caminaban por las calles sin rumbo, sin recuerdos del pasado y sin visibilidad del futuro. Lo más sobrecogedor era que, al mirarse unos a otros, no reconocían a nadie, ni siquiera a sí mismos.

## CINCO MINUTOS



**C**ada jueves, a las nueve en punto, una figura surgía en la esquina más antigua del pueblo. Nadie sabía su nombre ni de dónde venía; solo que estaba allí, siempre durante cinco minutos exactos. No hablaba, no caminaba, no parecía esperar nada. Su sola presencia bastaba para alterar el aire y, luego desaparecía. No se alejaba, no tomaba ninguna ruta: simplemente dejaba de estar.

Vestía una prenda larga, indefinida, a veces abrigo, a veces bata, a veces algo que ni siquiera pertenecía a esta época. Cambiaba según la luz o el recuerdo de quien la mirara. El cabello, suelto, caía sobre parte del rostro, dejando apenas una línea visible: lo suficiente para inquietar, nunca lo suficiente para recordar con claridad.

Algunos aseguraban que era joven; otros, que en los hombros caídos se notaba el peso de los años. Pero, en lo esencial, todos coincidían: verla era como entrar en una habitación donde hasta el silencio parecía contener la respiración, una pausa en medio del mundo, una interrupción leve pero absoluta.

Intentaron fotografiarla, filmarla, seguirla. Ninguna imagen, ningún video logró registrar su presencia. Era como si el mundo conspirara para borrarla justo en el instante en que alguien intentaba retenerla. No se desvanecía por una calle cualquiera, sino que se escurría por un pliegue invisible de la realidad.

Y, sin embargo, lo más inquietante sucedía después. Quienes la habían cruzado, aunque fuera de reojo, comenzaban a llevarla consigo, como si algo de ella se hubiera deslizado sin permiso dentro de la conciencia. No sabían cómo ni en qué momento, solo que, de pronto, aparecía: en los gestos cotidianos, en los pensamientos breves, brotaba sin aviso mientras caía el agua del grifo, mientras se aguardaba en una fila, mientras el sueño aún no llegaba, pero la luz ya se había ido.

No era un recuerdo claro, ni una imagen nítida. Era más bien una insistencia leve, un roce en la mente, una presencia sin forma que no decía nada, pero tampoco se marchaba. No era como una fotografía que se observa y luego se guarda, sino como una palabra suspendida justo antes de pronunciarse, algo que no debería estar allí y, sin embargo, permanece.

Después de verla, nadie era del todo el mismo, aunque callara, aunque lo negara, aunque siguiera su vida como si nada.

Y ahora usted, que ha seguido estas líneas, que ha imaginado su figura aunque sea apenas y la ha sentido rozar los bordes de su pensamiento, no importa si cree o no cree. Solo respóndase: ¿puede dejar de pensar en ella?

## LA MEMORIA SUSPENDIDA



**E**ran días grises, en que los recuerdos se evaporaban sin aviso, como si el mundo entero hubiese olvidado cómo recordar. Las personas caminaban con la mirada baja, cargando vacíos que no sabían nombrar, como si una parte invisible de sí mismos se hubiera desvanecido sin dejar rastro.

Joaquín, un hombre de rostro cansado y manos callosas, no era distinto, salvo por una inquietud persistente: la certeza muda de que lo que había perdido aún lo esperaba en algún lugar.

Intentó recordar de muchas formas, pero todo fue en vano. Los sueños no lo ayudaban y las palabras, aunque familiares, parecían no tener eco.

Una noche cualquiera, de esas en que se camina más por cansancio que por destino, Joaquín se topó con una puerta sin nombre, sin sonido, sin indicios. No tenía letrero, ni timbre, ni picaporte. Y, sin embargo, la empujó. Entró.

La atmósfera era espesa, como si los recuerdos dormidos flotaran en el aire, suspendidos, esperando ser llamados por su nombre. No había mostrador, solo una luz tibia que no provenía de lámpara alguna y la sensación de estar caminando dentro de una memoria ajena.

Desde un rincón, una mujer joven lo observaba con la calma inquietante de quien conoce todos los finales.

—¿Qué busca? —preguntó ella con una voz que parecía llegar desde una habitación cerrada del pasado.

Joaquín abrió la boca, pero no logró pronunciar palabra. Esa pregunta le resultaba extrañamente familiar, como si ya la hubiera oído o respondido en otro tiempo.

—No lo sé —dijo, bajando la mirada.

La mujer asintió levemente, como si eso fuera exactamente lo que esperaba oír. Le ofreció una silla de madera envejecida, frente a una estantería silenciosa.

No había libros ni archivos, solo cajas. Algunas, envueltas en papel brillante, como si el tiempo no se hubiera atrevido a tocarlas. Otras estaban cubiertas por telas raídas, deshilachadas por los años. Todas dispuestas con una precisión casi amorosa, como si contuvieran pedazos de vidas suspendidas.

Algunos rótulos estaban escritos a mano, con trazos que parecían borrarse al ser mirados: *valores olvidados, abrazos no dados, risas de la infancia, palabras que nunca se dijeron, perdones a medio pronunciar.*

Pero había una caja distinta, en el rincón más alto de la estantería, donde apenas llegaba la luz. No brillaba ni lo llamaba. Y, sin embargo, al posar los ojos sobre ella, Joaquín sintió una punzada en el pecho. No era miedo ni deseo: era una memoria despertando.

La tomó con cuidado.

—¿Va a abrirla? —preguntó la mujer desde la sombra.

Joaquín no respondió de inmediato. Observó la tapa. En ella, su nombre estaba grabado con una letra temblorosa que reconoció como suya, escrita por el niño que fue. Junto al nombre, un pequeño dibujo de una estrella, como los que hacía en sus cuadernos de primer grado.

—No —dijo al fin, sin levantar la vista—. Si la abro, temo olvidar lo poco que aún me queda.

La colocó de nuevo en su sitio y, justo antes de soltarla, le pareció que la caja respiraba, como si exhalara un recuerdo que ya no cabía en ella.

Se incorporó. Al pasar junto a la mujer, evitó mirarla. Algo en su rostro no coincidía con su voz. Salió sin mirar atrás.

No supo si había recuperado algo que era suyo o si, al no tocarlo del todo, había evitado perderse para siempre. A veces pensaba que la caja lo había esperado. O, peor: que él mismo la había dejado allí, tiempo atrás, para no recordar.

## LA DIRECCIÓN DEL RECUERDO



**U**n día, ocurrió lo impensable.

Los zapatos comenzaron a caminar por un lado y las personas por otro. No tropezaban ni caían: simplemente se desviaban, con una determinación silenciosa. Ya no respondían al cuerpo, sino a una memoria más honda, como si, desde la suela, algo que había quedado sin cerrar insistiera en ser visto, sentido y recordado.

Una señora elegante y decidida, caminaba hacia el despacho de su abogado. Iba a firmar el divorcio con la seguridad que da el cansancio prolongado. En su bolso llevaba los papeles; en su rostro, la sombra de todo lo que ya no esperaba. Pero, a mitad de camino, sus tacones — esos que habían resistido tantos años de silencio— giraron sin permiso. La condujeron a una iglesia antigua, casi vacía, donde las bancas sabían más que muchos testigos. Se sentó sin saber por qué. No lloró. No habló. Solo bajó la mirada y comprendió que no todos los adioses terminan cuando uno los pronuncia. Los zapatos la habían llevado al lugar exacto donde su decisión se volvió definitiva. No para

cuestionarla, solo para recordarle que hay duelos que merecen respeto, incluso si nadie los ve.

Un médico de paso rápido y bata planchada cruzaba el hospital con su agenda apretada. El quirófano lo esperaba. Pero sus zapatos lo guiaron por un pasillo clausurado, hasta una sala olvidada por todos, menos por él. Allí, detrás de una camilla vacía, estaba la ausencia que nunca había nombrado: la niña que no pudo salvar. El caso que dejó una marca sin expediente.

El médico no pronunció palabra. No hizo falta. Los zapatos sabían lo que él evitó durante años: que hay heridas que no se abren con bisturí, pero tampoco cierran por costumbre. Solo se detuvo, no por voluntad, sino por obedecer a los pies. A los suyos, a los de ella.

Y entonces, me ocurrió a mí.

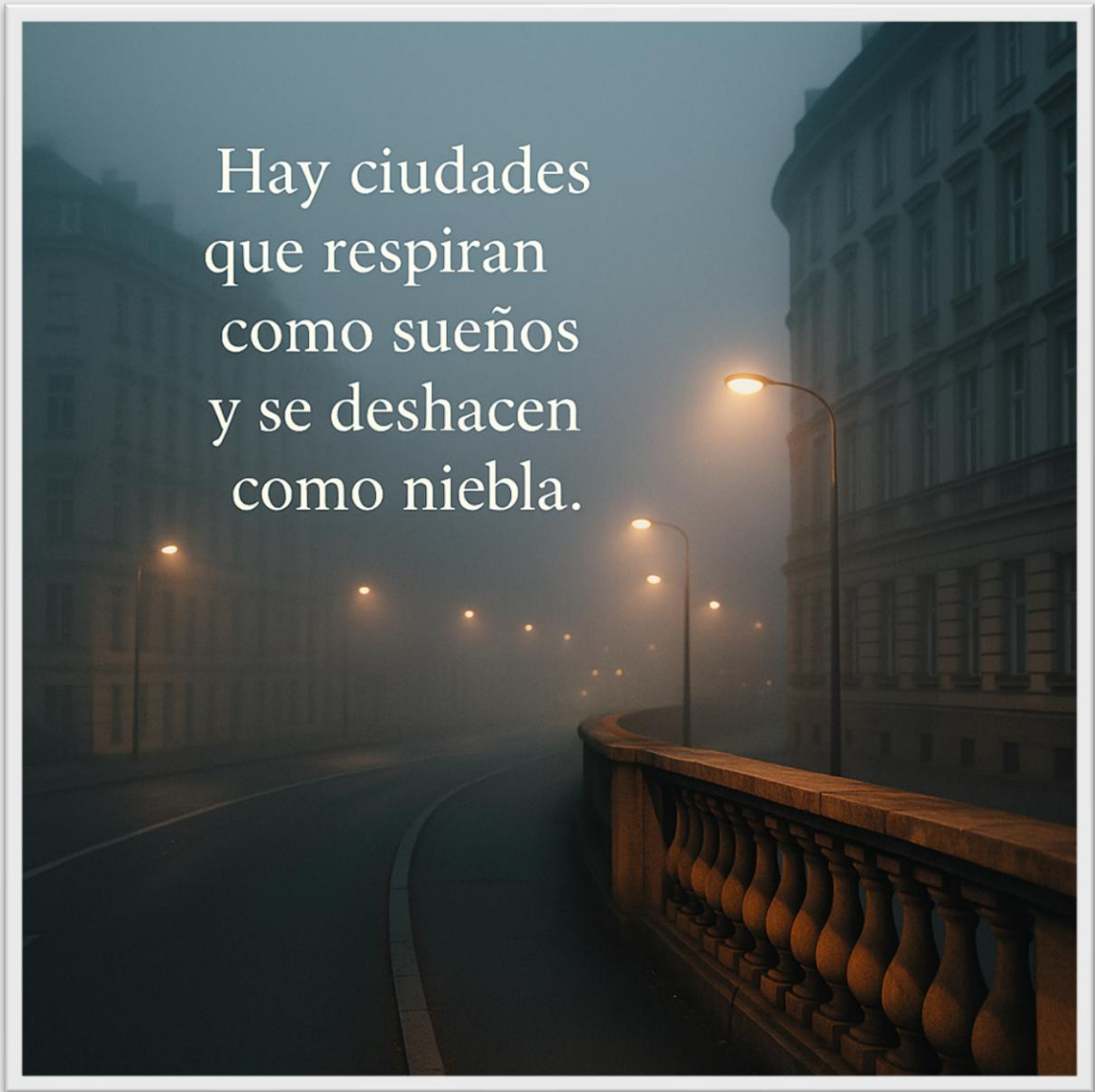
Iba camino a una emisora radial para hablar sobre leyendas y voces del pasado. Mientras pensaba en los textos que leería al aire, en cuál historia elegiría para abrir el programa, mis zapatos decidieron otra cosa: se desviaron sin previo aviso y, sin explicación alguna, se detuvieron frente a una casa modesta.

Era allí donde mis padres habían comenzado su historia, donde soñaron —quizás sin decirlo nunca— con hijos lectores, con hijos que algún día, tal vez, escribirían. Me quedé inmóvil frente al umbral. No lloré. No sonreí. Solo sentí que mis pies reconocían un lugar que mi memoria había guardado en lo más hondo del silencio. Y fue en ese instante cuando lo entendí: las leyendas que comparto no nacieron en libros antiguos ni en voces lejanas, sino allí, entre paredes que olían a esfuerzo, a ternura, a trabajo, a futuro imaginado. Mis zapatos no querían que llegara a tiempo a la radio: querían que recordara por qué escribo y para quién.

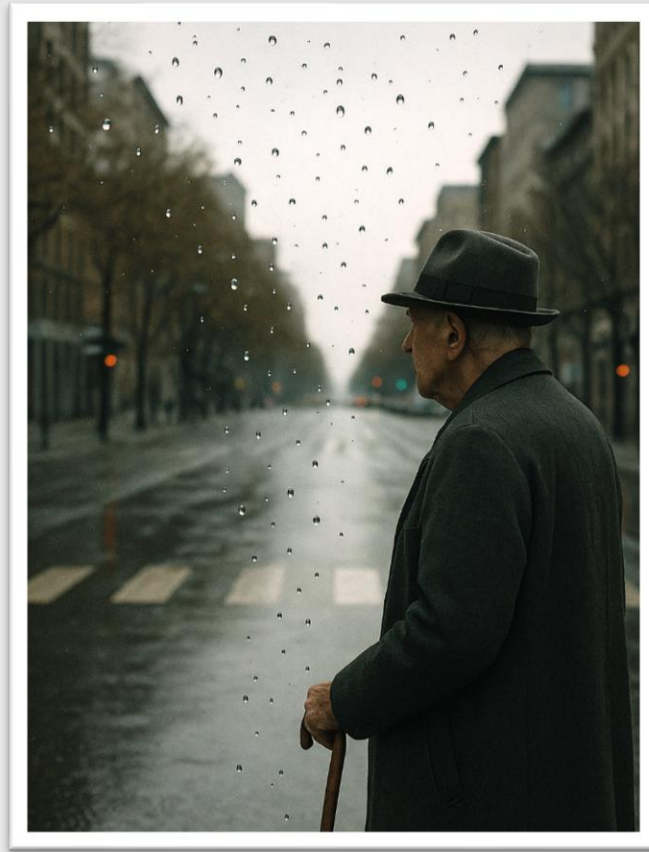
Y, desde ese día, comprendí que los zapatos no siempre nos llevan adonde queremos. Pero, cuando están cargados de memoria, nos conducen silenciosamente hacia donde necesitamos recordar: para volver a ser humanos, para entendernos mejor, para caminar, quizás, con los pies más anclados al alma.

## LA CIUDAD IMPOSIBLE

Hay ciudades  
que respiran  
como sueños  
y se deshacen  
como niebla.



## EL CIELO TAMBIÉN TIENE SED



**E**sa mañana, ocurrió algo insólito: comenzó a llover, pero la lluvia no caía, subía.

Las gotas, una a una, se desprendían del asfalto y ascendían con lentitud, como si algo en lo alto las llamara con urgencia. No era una tormenta al revés, ni un truco del viento. Era una lluvia al revés, que nacía de la tierra y regresaba al cielo.

La gente se detenía a mirar, sorprendida. Algunos grababan con sus teléfonos, otros se preguntaban si era un fenómeno climático, una ilusión óptica o el anuncio de algo peor.

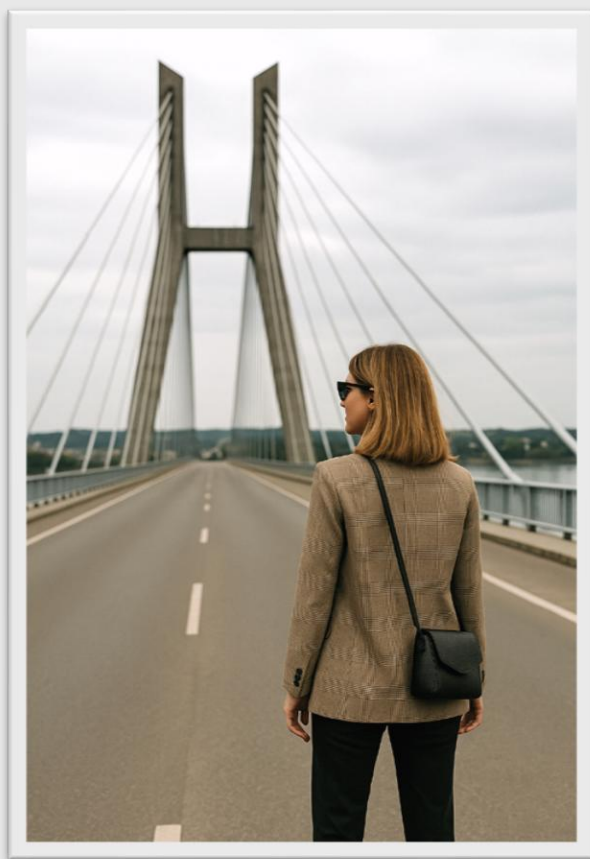
Él, en cambio, no buscó explicaciones.

Era un hombre mayor, alto, de andar lento, con un abrigo gastado y un bastón en el que se apoyaba, como quien sostiene también la memoria. Observaba en silencio, sin miedo. Sentía que esa rareza le hablaba, le decía algo que él siempre había sabido.

Cerró los ojos y recordó una frase que su esposa solía decirle, cuando la vida se volvía demasiado pesada: «El cielo también tiene sed».

Y, por primera vez en mucho tiempo, sintió que esas gotas que no lo mojaban lo unían a la ausencia, a lo invisible, a aquello que nunca dejó de estar aunque ya no se pudiera tocar.

## EL PUENTE



**A** los ojos de todos, era un puente moderno: líneas elegantes, concreto pulido, tensores que brillaban bajo el sol. Unía dos ciudades separadas por un río quieto, casi sin voz. Lo cruzaban sin esfuerzo autos, ciclistas, niños corriendo detrás de sus madres. Solo a ella se le negaba el paso.

Cada vez que esa mujer se acercaba, con su paso calmo y la mirada cargada de una duda antigua, el puente desaparecía. No se rompía, no colapsaba, no estallaba, simplemente dejaba de estar.

Ella lo intentaba una y otra vez: a pie, en taxi, incluso en sueños. Pero el río, fiel a su distancia, volvía a separarlo todo, y ella quedaba al borde, perpleja, sin comprender el misterio que le cerraba el camino.

Pero quien sabía la verdad era el puente. No tenía voz, pero sí memoria. Recordaba, y por ello no la quería sobre él. No otra vez.

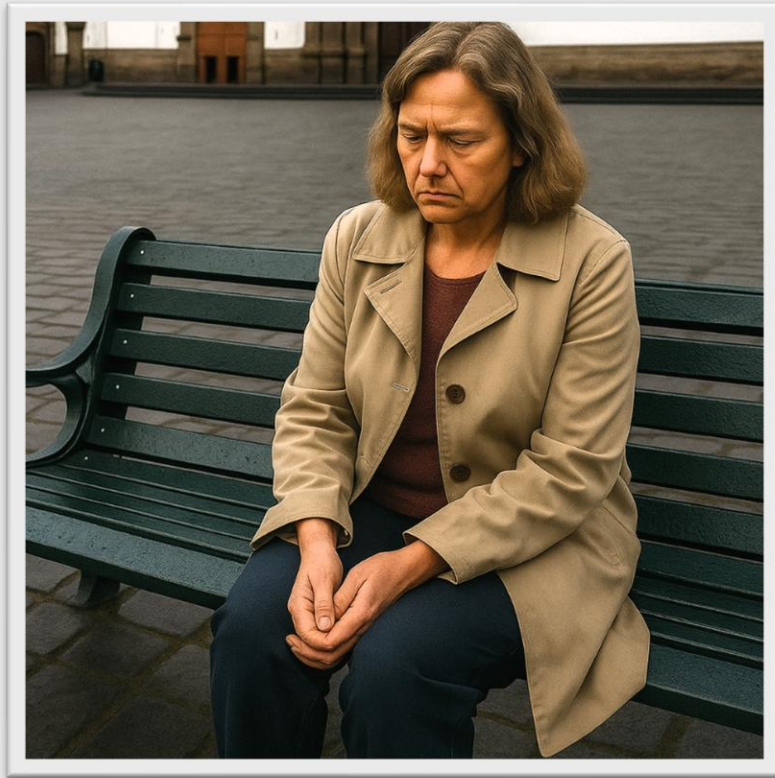
Muchos años atrás, cuando era apenas una sombra entre sombras, llegó hasta la mitad. No para cruzar, no para contemplar el paisaje, sino

para asomarse al borde y mirar el abismo con deseo callado. Se inclinó apenas y cerró los ojos. Respiró hondo, como si al exhalar pudiera entregarse al silencio, y en ese instante lo quiso de verdad: el salto, la entrega, el fin.

Él sintió la tensión recorriéndole el cuerpo, el peso de ese deseo sin nombre. Y, aunque ella no cayó, quiso hacerlo. Desde entonces, algo se quebró en lo más profundo de su ser, porque no fue creado para ser frontera entre el pulso y la nada, sino para sostener sin temblar.

Por eso, cuando la sombra de aquel instante regresaba con pasos ya conocidos, él se desvanecía, porque incluso los puentes, por más sólidos que parezcan, también tienen miedo. También saben retirarse a tiempo, para no romperse otra vez.

## LA CIUDAD ELÁSTICA



**H**abía caminado por esas calles tantas veces, pero aquella tarde algo, sin previo aviso, se desacomodó por dentro. Era como si, de repente, el tiempo se hubiera detenido y la ciudad, tan familiar, empezara a doblarse bajo su pie.

Trabajaba en el Centro Histórico de Quito y, como de costumbre, tomó la calle García Moreno rumbo al norte. El sol descendía entre los balcones coloniales con su habitual lentitud.

Al llegar frente a la iglesia de La Compañía, un estremecimiento leve, pero hondo, le recorrió el cuerpo. No entró, sino que bajó la mirada, como si buscara una respuesta en las piedras gastadas del templo.

Allí, muchos años atrás, había dicho que sí. El hombre que tomó su mano ese día ya no estaba y su ausencia —aunque siempre presente—, esa tarde se sintió más viva, como si el recuerdo hubiera empujado una puerta que ella creía cerrada para siempre.

Entonces, la calle cambió. No se torció ni desapareció; no fue un giro abrupto, pero de pronto ya no era la misma. A su alrededor, las casas y los almacenes se deshacían en formas nuevas, irreconocibles, como si hubieran decidido ser otros. Las sombras se alargaban con una cadencia extraña, las fachadas se deformaban lentamente y la ciudad parecía respirar al compás de su desconcierto. Cuando levantó la vista, comprendió que había llegado a la 9 de Octubre, muy lejos del centro.

No entendía lo que ocurría. Era como si hubiera cruzado una frontera invisible, como si una fuerza más vasta que ella hubiera dispuesto — por razones incomprensibles— que debía estar allí.

Aceleró el paso, sin atreverse a mirar atrás. En su mente apareció su casa, en la Tomás de Berlanga, como un refugio repentino, un ancla en medio del caos.

Al pasar frente a una cafetería, sus ojos se detuvieron en una mujer sola, sentada ante dos tazas de café: una vacía, la otra intacta. La escena le atravesó el pecho con una punzada que la conmovió hasta lo más hondo. Era una tristeza ajena y propia al mismo tiempo, como si rozara su herida más silenciosa. Dio un paso más y, de pronto, el suelo bajo sus pies comenzó a temblar con una rapidez que la desorientó. Alzó la vista y, en un parpadeo, se descubrió en la Plaza de Santo Domingo, de regreso en el centro de Quito.

Miró a su alrededor con los ojos muy abiertos, como quien intenta descifrar un sueño antes de que el desconcierto se desborde y se convierta en vértigo. Se dejó caer en una banca, inmóvil, sin saber si soñaba, si había caminado demasiado o si era la ciudad misma la que, en su tristeza, se doblaba ante ella, abriendo caminos que solo existían para su dolor.

La ciudad, con sus formas elásticas, parecía plegarse a su angustia, como si calles, edificios y hasta el aire obedecieran al peso de su vacío.

## LA CIUDAD QUE PERDIÓ EL NOMBRE



**C**ada amanecer, en mi esquina de la plaza, mis estantes se llenaban de titulares frescos, nombres propios y palabras que aún olían a tinta. Conocía el nombre de la ciudad mejor que nadie: lo veía brillar en cada portada, lo escuchaba latir en las conversaciones que pasaban junto a mí, y lo sentía en el leve temblor de las manos que tomaban un diario de mis estantes.

Ese día, la niebla llegó. Se deslizó entre los adoquines como un animal al acecho. Rozó los carteles y bebió las sílabas del nombre, borrándolas de las placas de los muros, de los murales pintados, de las charlas en las bancas y, al final, de la memoria de quienes pasaban. Cuando alcanzó mis estantes, la tinta de los diarios se deshizo como si nunca hubiera estado allí. Quedé vacío, con un silencio más pesado que cualquier papel.

Entonces el frío se metió en mis tornillos y la madera respondió con un crujido áspero. Las campanas de la iglesia repicaban como si llamaran a alguien que ya no existía.

De pronto, vi a un niño detenerse en medio de la plaza, mirando alrededor con desconcierto. Avanzó hacia mí con pasos huecos sobre la piedra y sus ojos recorrieron ansiosos los pliegos en blanco que colgaban de mis ganchos.

—Si no tenemos nombre, ¿seguimos existiendo? —preguntó.

Abrí mis tablas como si intentara hablar, pero no salió nada. El eco de todas las voces y titulares que alguna vez me llenaron se había desvanecido. La niebla envolvió al niño y sentí que, al mismo tiempo, me envolvía a mí. La plaza se volvió un espacio sin bordes y las campanas enmudecieron. Yo, un kiosco sin historia, permanecí en pie, sin recordar quién era.

## EL ASCENSOR



**I**ngresó al edificio justo cuando el reloj marcaba las 4:44, esa hora de simetrías incómodas que siempre anuncia algo extraño. Era uno de esos inmuebles que no solo resisten el tiempo, sino que lo absorben, lo distorsionan, como si respiraran por las grietas.

Se dirigía al último piso, el quinto, por un trámite menor, rutinario, como si lo cotidiano aún no supiera que estaba a punto de deshacerse.

Entró al ascensor, presionó el botón número cinco y esperó. Los números comenzaron a encenderse uno a uno: 2, 3, 4, 5. Pero el ascensor no se detuvo. Continuó su ascenso, como si hubiera olvidado su destino. El panel enmudeció, los números se borraron y, en su lugar, apareció una línea temblorosa que latía con un pulso ajeno, como si el edificio ocultara un corazón detrás de sus muros viejos. El tiempo perdió forma, se volvió espeso, interminable. Y, mientras subía sin rumbo, supo —sin saber cómo— que, cuando las puertas se abrieran, nada sería como antes.

Cuando por fin se abrieron, no hubo sonido. Ningún zumbido de motor, ningún eco de pasos. Solo un vestíbulo en calma, idéntico al del piso bajo, al mismo al que había entrado antes de tomar el ascensor. En la recepción, un hombre hablaba por teléfono y sonreía. Sus gestos le resultaban familiares, demasiado familiares. Vestía como él, se movía como él. Era él. Y, aunque quiso negarlo, lo supo con una certeza helada: no era un sueño ni un reflejo. Se estaba mirando a sí mismo desde afuera.

Sintió que no pertenecía a ese lugar. Aturdido, buscó refugio en el ascensor y presionó el botón número uno. Esta vez la máquina fingió obedecer: los números volvieron a encenderse, piso por piso, pero cada detención era una trampa. El ascensor no descendía en la realidad, lo arrastraba hacia pasillos donde se desplegaban fragmentos de sí mismo.

En el quinto, se encontró inmóvil frente a un espejo, dudando si su reflejo acababa de parpadear.

En el cuarto, era un oficinista de gesto rígido, pasando hojas de un archivo inexistente, ignorándolo como si nunca hubiera estado allí.

En el tercero, un artista manchado de óleo garabateaba formas que nacían y se deshacían al instante, sin mirarlo.

En el segundo, un mendigo de hombros caídos alzaba la vista sin sorpresa, como quien saluda a un recuerdo que vuelve por costumbre.

En el primero, era un niño jugando en silencio, con los brazos extendidos hacia un vacío mudo, esperando un abrazo que no llegaba.

Avanzó hacia el niño con creciente angustia, pero al verlo, el pequeño se echó a correr. Lo siguió sin pensar, hasta tropezar con algo frío y blando que lo derribó. Al incorporarse, la penumbra le devolvió una visión imposible: un cuerpo tendido dentro del ascensor, inmóvil, con los ojos abiertos, fijos en la línea temblorosa del panel. Reconoció el rostro y, aun así, quiso negarlo. ¿Era él o la sombra que el ascensor había tejido para retenerlo?

La certeza lo golpeó entonces con un frío más hondo que la caída: nada de lo vivido había ocurrido afuera. Las puertas nunca se habían abierto. Cada piso, cada encuentro, era apenas un pliegue de sí mismo desplegado en la máquina. El ascensor no lo transportaba: lo contenía, lo digería, respiraba con él y a través de él. No era un pasaje, sino su cárcel y, al mismo tiempo, su único reflejo.

## LA SILLA



**E**n aquella casa, el cuarto de huéspedes nunca amanecía igual. Siempre había un detalle fuera de lugar, como si alguien invisible hubiera entrado en la noche.

Cada mañana la familia salía a trabajar y, al volver, los padres y sus hijas encontraban la misma escena: la manta que debía estar en el respaldo aparecía cuidadosamente doblada sobre la cabecera de la cama, y la silla, antes contra la pared, se hallaba girada hacia el almohadón. Era como si alguien hubiera pasado el día entero allí, observando en silencio.

Primero pensaron en el viento y cerraron con esmero la ventana. Después, culparon al gato, aunque nadie recordaba haberlo visto entrar en ese cuarto.

Finalmente, echaron llave a la puerta.

Nada cambió.

La repetición se volvió insoportable. La cama intacta. La manta en la cabecera. La silla girada hacia la almohada. Siempre lo mismo, un rito nocturno que parecía cumplirse con una exactitud implacable.

Una noche, la hija menor no bajó a cenar. La buscaron en su cuarto, en la sala, en el jardín. La hallaron en el lugar que menos querían: dormida en la cama del cuarto de huéspedes. Y, frente a ella, la silla, inmóvil en su vigilia.

La madre se inclinó para despertar a la joven, pero, al rozar el respaldo, se estremeció. La madera estaba tibia, tibia de un calor humano, como si alguien acabara de abandonarla. Retrocedió un paso, incrédula y, al alzar la vista, juró distinguir un movimiento en la cabecera: una sombra que se apartaba lentamente, deslizándose hacia la oscuridad.

Nadie dijo nada. Salieron en silencio.

Desde entonces, la puerta de ese cuarto permanece cerrada. Aun así, algunas noches, cuando todo parece tranquilo, el crujido de la silla rompe el silencio. Y, en ese instante, comprenden que alguien, desde la oscuridad, los está mirando.

## LA RED DEL SILENCIO



**L**a noticia se propagó como fuego en la maleza: había nacido una red social capaz de castigar con silencio absoluto a quien mintiera.

Nadie lo creyó al principio. Parecía una broma viral, un experimento de marketing. Pero el miedo llegó pronto, como una sombra que no dejaba de crecer. No hubo anuncios ni campañas, tampoco un rostro tras el proyecto. Surgió como surgen las pesadillas: sin explicación, sin origen, sin escapatoria. En pocas horas, millones se suscribieron. Solo se conocía su lema, repetido hasta el cansancio: «*Verdad pura, sin filtros, sin retórica*».

Al principio parecía solo otra red. La gente continuaba publicando: fotos retocadas, frases hinchadas de vanidad, noticias sin fuente. Pero, en cuestión de minutos, llegaron los castigos. Los primeros en mentir quedaron silenciados: no podían publicar, comentar, reaccionar, ni siquiera enviar un mensaje.

Lo más inquietante fue descubrir que tampoco podían hablar en la vida real. Bastaba una mentira escrita, un engaño proyectado —público o privado— y la red sellaba la voz, dentro y fuera de la pantalla.

Una madrugada, una mujer despertó sobresaltada y preguntó a su esposo si había escuchado un ruido en la sala. Él intentó calmarla, pero su voz no salió. Solo quedó el gesto, el intento, el vacío. En la tarde, le había escrito que tenía una reunión hasta altas horas de la noche. Mintió. La red no lo perdonó.

Al día siguiente, la vecina quiso advertirle a un niño que no cruzara solo la calle. Corrió hacia él, levantó los brazos, abrió la boca para gritar, pero las palabras no llegaron. Todo quedó atrapado en un silencio que parecía burlarse de su angustia. La noche anterior había publicado en un grupo que había donado ropa a un albergue, aunque en realidad la había vendido a escondidas. La red lo sabía. Siempre lo sabía.

Cada palabra fingida, cada mentira envuelta en ternura, tenía un precio: el silencio absoluto.

Uno a uno fueron cayendo en el mismo castigo, hasta que el mundo entero se transformó. Los que aún hablaban se volvieron una amenaza. No por alzar la voz, sino por atreverse a no disfrazar lo que pensaban. Su mera presencia incomodaba, desarmaba, dejaba al desnudo lo que otros preferían ocultar.

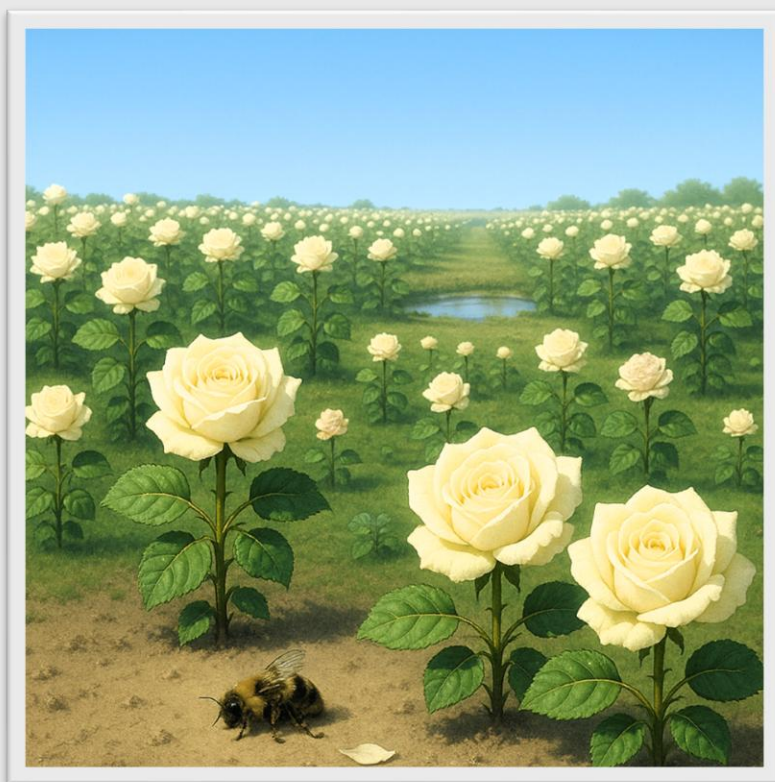
En un mundo de máscaras pulidas, la verdad comenzó a percibirse como un acto de agresión. Decir lo que uno sentía, pensar en voz alta, mirar a los ojos sin rodeos: gestos que antes eran naturales, ahora eran provocaciones. Porque en una sociedad adicta a la apariencia, quien se atrevía a ser sincero no solo incomodaba: desenmascaraba. Y eso era imperdonable.

Entonces, los labios se cerraron. No por falta de palabras, sino por miedo a pronunciarlas. Las conversaciones se volvieron ecos débiles, repetidos, vacíos de intención. Las reuniones eran coreografías de miradas esquivas. Incluso los niños aprendieron a callar antes de entender qué era lo que no debían decir.

Así, el mundo no solo cayó en silencio: se volvió mudo, como quien renuncia a lo esencial. Sordo a los vínculos verdaderos. Ciego a las preguntas que aún merecían respuesta.

La red había cumplido su promesa: verdad pura, sin filtros, sin retórica. A cambio, un mundo enmudecido.

## EL JARDÍN INTACTO



**E**n el corazón de un valle, oculto entre montañas que parecían custodiarlo como murallas antiguas, se extendía un jardín tan perfecto que parecía pintado por manos divinas. Ninguna hoja se inclinaba fuera de su lugar, ningún tallo se rebelaba contra la armonía; cada flor repetía a la otra en un espejo interminable: mismo color, misma forma, el mismo gesto detenido en una eternidad inmóvil.

El viento, al rozar sus bordes, parecía titubear. Soplaban apenas, como si temiera profanar un secreto, y luego se retiraba en silencio, incapaz de quebrar un orden tan exacto.

Los primeros visitantes quedaban deslumbrados ante aquel espectáculo. Caminaban despacio, maravillados, y se inclinaban para aspirar su perfume. Pero, al acercar el rostro, descubrían que el aire era limpio, demasiado limpio, tan aséptico que dolía respirarlo, como si la pureza misma fuera un veneno invisible.

Con el paso de los días, las abejas dejaron de llegar: nada en aquel lugar las convocaba, ningún néctar distinto, ninguna chispa de vida.

Después, enmudecieron los pájaros; se marcharon en bandadas, buscando ramas que aún supieran vibrar con el canto.

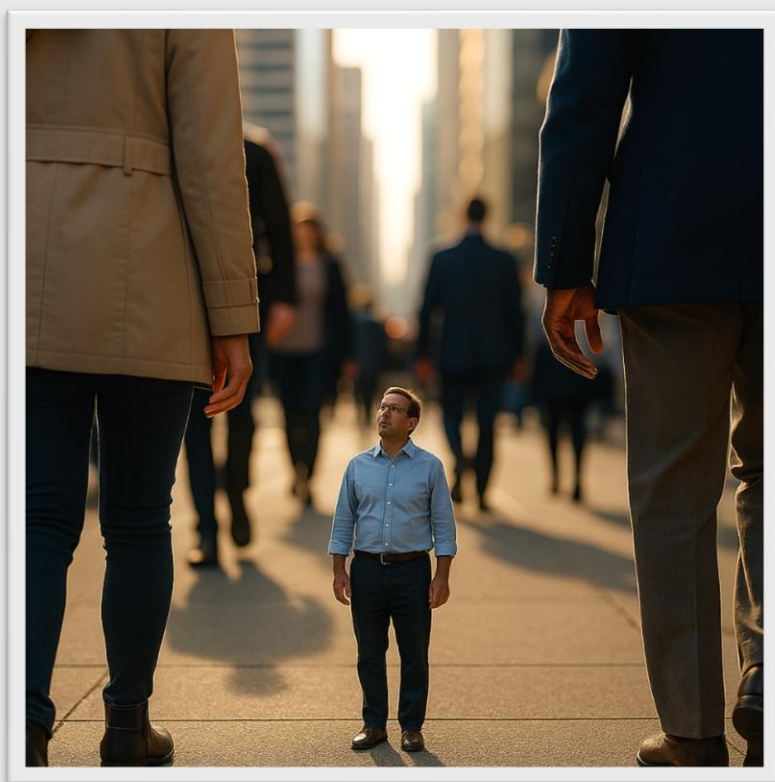
El jardín se mantuvo hermoso, impecable, intacto. Pero la perfección lo cercó como un muro y, en ese encierro, se desvaneció su aliento. Así, la belleza que quiso eternizarse acabó convertida en su propia condena: la de no hallar ya ninguna mirada viva que la reconociera.

## EL LENGUAJE ENFERMO



Las palabras también  
enferman y su  
silencio pesa como  
piedra.

## LAS PALABRAS DICHAS



**R**oberto comenzó a notar algo extraño. Al principio fue tan leve que lo atribuyó al cansancio o la distracción. Pero, poco a poco, las palabras que decía dejaban una huella distinta en el aire. No eran grandes insultos, apenas frases cortantes, respuestas rápidas, comentarios sueltos. Sin embargo, algo en ellas parecía quebrar el espacio a su alrededor.

Un día, después de rechazar con desdén a un compañero de oficina, el aire se espesó. La sala, que siempre le había parecido cómoda, ahora se alargaba, como si él mismo se redujera dentro de ella.

En los días siguientes, las palabras siguieron escapando con facilidad. Un simple murmullo de impaciencia al cajero del supermercado bastó para que un peso invisible le oprimiera el pecho. Al salir, lo invadió una incomodidad extraña: las calles se estiraban, las personas crecían sobre él y el mundo entero parecía observarlo desde lo alto, con una distancia nueva y despiadada.

En casa, la sensación regresaba. Cada sílaba dicha con desgano se transformaba en un hilo que lo alejaba un poco más. Sus hijas lo miraban con un silencio nuevo, casi extraño; su esposa lo escuchaba como desde otra habitación, aunque estuviera frente a él. Intentó contenerse, medir sus palabras, pero ya era tarde: cada una lo sujetaba como una cuerda que se tensaba con violencia creciente, arrastrándolo hacia un rincón cada vez más estrecho.

Una tarde, frente al espejo, no descubrió un rostro distinto, pero supo que ya no era el mismo. Los objetos a su alrededor se veían más lejanos, como si él se hubiera encogido mientras el mundo seguía creciendo más allá de su alcance. El peso de lo dicho había abierto un vacío imposible de colmar.

Entonces lo entendió: las palabras no podían desandarse. Lo pronunciado ya no le pertenecía. Habían tejido su destino en silencio. Y él mismo se había convertido en eso: no en un eco, sino en el abismo que ahora lo separaba del mundo.

## CUANDO LAS PALABRAS ENFERMARON



**L**as palabras enfermaron el día en que dejaron de sentirse con el pecho. Se decían sin alma, se leían al paso, se respondían con sombra. Así comenzaron a perder el aliento. Fue entonces que «amor» se volvió transparente. Se escabulló por las rendijas de los mensajes, flotando ligera como una promesa no cumplida. Nadie notó su ausencia, porque seguía apareciendo escrita, pero sin alma.

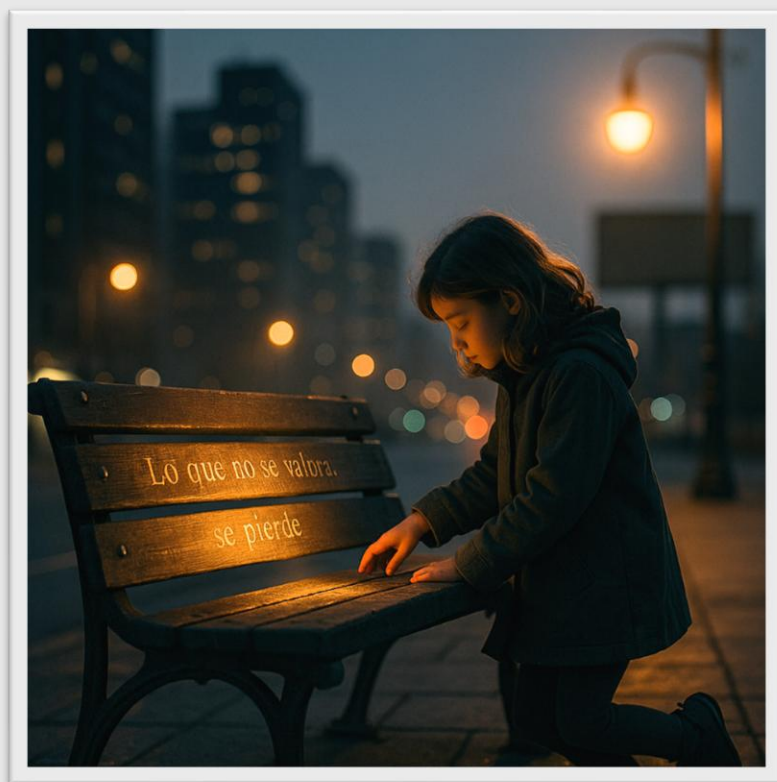
Después, una fiebre más alta comenzó a recorrer el lenguaje. Fue entonces cuando cayó «esperanza», sudando pájaros sin alas en cada letra. Tenía fiebre de mañanas que nunca llegaban y delirios de cielos sin colores. Nadie la abrazó. Nadie la nombró con voz entera. Su calor fue olvidado y empezó a hablar sola en rincones donde ya nadie escuchaba. La enfermedad fue lenta, invisible, pero persistente, como si su propia fe se le hubiera quebrado por dentro.

«Justicia» no habló más. Se acostó sobre una balanza rota, cerró los ojos y entró en un sueño profundo, donde todavía existían plazas llenas de gente honesta. En su silencio, se disolvieron las raíces que le daban

forma: fragmentos de equidad, jirones de verdad, vestigios de reparación. Nadie se inclinó a recogerlos.

Y, en las noches más calladas, las palabras perdidas vagaban: pequeñas, temblorosas, invisibles, descalzas sobre la tierra húmeda. Se escondían bajo las piedras, en el polvo de los libros cerrados, en los labios que ya no se atrevían a sentir. Esperaban sin reclamar, sin levantar la voz, aguardando el instante en que el lenguaje volviera a ser refugio, en que el silencio dejara de ser miedo, y alguien, al fin, se atreviera a nombrarlas sin herirlas.

## CUANDO LOS REFRANES DESPERTARON



**N**o fue el sol ni la ciudad lo que despertó primero. Fueron los refranes. Y despertaron heridos.

Cansados de vivir en el polvo de los cuadernos, de envejecer en labios que ya no los pronunciaban, abandonaron el silencio. Se sacudieron el óxido del olvido y, sin pedir permiso, caminaron hacia la ciudad más ruidosa, más apresurada, más ciega.

Eligieron una ciudad grande, de esas donde los edificios tocan el cielo, pero las personas ya no se miran a los ojos. Donde todo se compra, incluso las palabras.

Allí aparecieron, con la esperanza de que alguien los recordara.

«Con salud y dinero hago lo que quiero» tituló en la fachada de una clínica privada, justo cuando un hombre sin seguro era rechazado en la puerta. Nadie lo leyó. Todos miraban sus relojes.

«El pez muere por la boca» se coló en los cables de los noticieros, justo cuando un político hablaba de ética. La frase vibró en el aire, pero fue cubierta por una risa falsa y una música triunfal.

«No hay nada nuevo bajo el sol» cayó como una sentencia sobre los techos brillantes de la ciudad. Las promesas se repetían con distinto logotipo, las injusticias cambiaban de traje, y los rostros del poder se reciclaban con otro peinado.

Y en una escuela, sobre un pizarrón olvidado, apareció «Más sabe el diablo por viejo que por diablo». Los niños lo leyeron con indiferencia; la maestra lo borró sin pensarlo. Nadie lo retuvo.

Todo era repetición: privilegios en las mismas manos, palabras huecas disfrazadas de promesas, aplausos que siempre sonaban alquilados. Los refranes no acusaban: solo mostraban. Pero nadie los miró. Y acostumbrarse, también, era otra forma de obedecer.

Se posaron en semáforos, en vitrinas, en ventanales de oficinas. Se ofrecieron como espejos, como advertencias, como semillas. Nadie los oyó. Nadie los repitió. Nadie los sintió.

Al anochecer, se marcharon. El silencio que dejaron pesaba como una verdad errante, incapaz de hallar morada.

Dicen que uno de ellos, el último en irse, escribió en una banca olvidada: «Lo que no se valora, se pierde».

Una niña pasó por allí. Lo leyó en voz baja. No lo comprendió del todo, pero por primera vez en el día se detuvo y la tarde le pesó de otra manera.

## EL IMPUESTO A LAS PALABRAS



**T**odo comenzó cuando el gobierno, bajo el pretexto de reducir la “contaminación emocional del lenguaje”, contrató una inteligencia artificial para poner orden en las palabras.

Tras analizar millones de conversaciones —mensajes de madrugada, discusiones de pareja, cartas rotas y oraciones a medias—, la máquina concluyó que el ochenta y dos por ciento de lo dicho por los ciudadanos era innecesario.

Recomendó optimizar los silencios. Propuso un sistema: cada palabra tendría un precio. Las más comunes —mamá, amor, libertad— costarían más. Las técnicas y productivas, estarían subsidiadas. El decreto se aprobó en cuestión de días. Nadie protestó. Hablar ya era caro desde antes.

Los ricos siguieron hablando, cantando, prometiendo, mintiendo. Los pobres callaron. Y así nació el mercado negro del lenguaje. En callejones húmedos comenzaron a aparecer traficantes de palabras. No vendían droga ni armas, sino sílabas robadas al corazón: un “te

*extraño*” se pagaba como un pan; un *“perdóname”*, con un par de zapatos viejos; un *“no te vayas”*, con lágrimas verdaderas, vertidas ahí mismo como garantía.

Los poetas fueron los primeros en empobrecerse. Algunos escribían en muros con saliva; otros cambiaban rimas por comida. Los enamorados aprendieron a mirar más fuerte, como si con los ojos pudieran decir lo que la lengua ya no podía pagar. Las madres escondían palabras en papelitos bajo las almohadas de sus hijos. Los mayores repetían en silencio lo que nadie recordaba. Poco a poco, las bocas se fueron apagando. Pero los ojos empezaron a gritar.

Rebeca nació una tarde sin viento. Nunca aprendió a hablar en voz alta: su familia no podía costear ni un saludo. Desde pequeña, sus ojos escuchaban. Leía lo que los demás callaban: veía los verbos colgando de las pestañas, las promesas atoradas en la garganta, los *«te quiero»* tragados para no endeudarse. Por eso, en la escuela —donde solo se enseñaba a callar— la llamaban *“la niña que miraba demasiado”*. Nadie soportaba sentirse leído.

Rebeca creció entre silencios densos y miradas caídas. Aprendió a no pedir, a no alzar la voz, a no pronunciar su nombre más de una vez por semana. Una noche, el peso acumulado la agrietó por dentro. Subió al rincón más alto de la biblioteca vieja, donde las palabras olvidadas se quedaban a vivir. Allí lloró.

Pero no fueron lágrimas comunes. Cada gota flotaba, ligera, y al rozar el aire se abría como una flor, convirtiéndose en verso luminoso. El primer poema no lo escribió ella: lo escribió su llanto, el lenguaje guardado cuando ya no pudo más.

Al amanecer, los versos seguían allí, suspendidos, danzando entre los libros. Un anciano los vio. Después, una joven. Los versos no se esfumaban: se quedaban donde alguien los necesitaba. Rebeca no lo sabía aún, pero esa noche había comenzado a hablar con lo único que aún no le cobraban: el aire.

Con el tiempo, los versos escaparon de la biblioteca. Flotaron por las calles, se colaron en ventanas, se posaron como luciérnagas sobre las

almohadas de los insomnes. El gobierno lo notó. Primero, mandaron drones a dispersar las palabras. Luego, pintaron sobre los muros donde las letras se pegaban como raíces. Finalmente, prohibieron llorar en la calle.

Era tarde. Otros también habían aprendido a llorar versos. Brotaban en hospitales, en estaciones de bus, en plazas vacías. No gritaban. No reclamaban. Solo decían lo que había sido negado durante años: el amor, la ausencia, el hambre, el perdón, la ternura.

Rebeca desapareció una mañana sin dejar huellas. Algunos dicen que se volvió viento. Otros, que aún llora en secreto en alguna azotea. Pero desde entonces, cada vez que la ciudad despierta envuelta en niebla, los versos flotan como hilos de luz. No llevan firma, pero todos saben que son suyos.

Y aunque nadie se atreve a pronunciar su nombre —por miedo a no poder costearlo—, basta con abrir los ojos para reconocerla.

## LA VOZ RENOVADA



**E**n esa ciudad, las palabras se desvanecían como polvo al viento. Nadie recordaba la vibración de una voz ni el eco de una frase. El lenguaje se había vuelto una coreografía silenciosa, donde cada gesto era un idioma nacido de la esencia del ser. Un brazo alzado mostraba el camino, la curva de una mano ofrecía ayuda, el roce de un dedo expresaba gratitud.

Los gestos guiaban lo cotidiano y también el arte. La danza, la pintura, la música hablaban sin sonido, con la hondura de una emoción compartida. Cuando surgían desavenencias, las manos tejían calma, las miradas fluían como agua, los suspiros disolvían lo que en otro tiempo habría sido ruido. Incluso en la tormenta, la ciudad mantenía su danza serena.

La cooperación también fluía en silencio. Un gesto, una mirada, un asentimiento bastaban para sellar pactos. Los cuerpos narraban historias enteras sin pronunciar un sonido. Y, sin embargo, a veces un gesto se prolongaba demasiado, como si buscara una palabra ausente.

Entonces comenzó a latir un desasosiego. Había instantes en que lo no dicho pesaba, como un murmullo sin eco. En las plazas, en los hogares, en los talleres de arte, la ausencia de palabras se hacía sentir, aunque nadie la nombrara.

Desde lejos, la palabra aguardaba. Herida, relegada, pero no vencida. Silenciosa, paciente, sabía que aún no había desaparecido. Se sabía necesaria, aunque no invocada.

El malestar se volvió grieta. Los ojos buscaban más allá de los gestos, intuyendo que algo faltaba. El silencio ya no bastaba. Ninguna mano podía sostener lo que estaba sin pronunciarse.

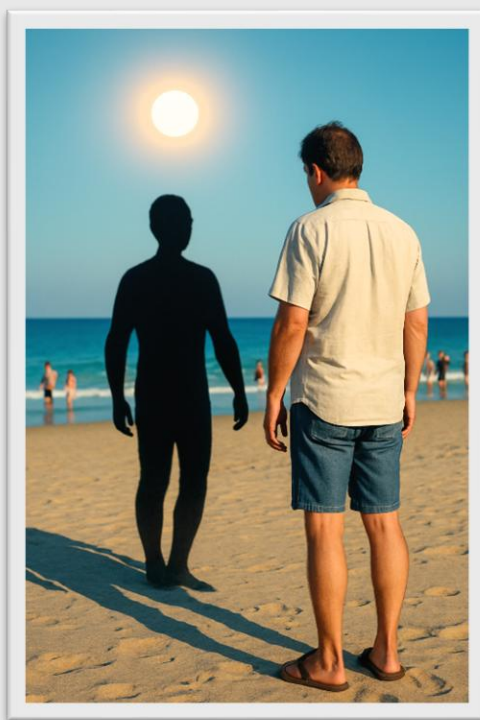
Y fue entonces cuando la palabra, que había aguardado en la sombra, se inclinó hacia la ciudad. No volvería como antes, cargada de exceso y de ruido, sino transformada: una voz nueva, clara, nacida de la danza del gesto y del silencio, capaz de decir lo que nunca antes había sido dicho.

## LO HEREDADO Y LO MÍTICO

La memoria guarda mitos  
como brasas encendidas  
en la oscuridad.



## LAS SOMBRAS



**U**n hombre llegó a una isla donde el sol nunca se movía, detenido en lo alto de un cielo tan claro que el mar y el firmamento se confundían en un mismo azul interminable. Embriagado por el paisaje, se dejaba arrastrar sin dirección, como si la quietud luminosa pudiera absorberlo por completo.

Entonces reparó en algo extraño: las sombras de los turistas.

Niños, ancianos, jóvenes, mujeres y hombres recorrían alegres la isla, sin advertir que sus sombras no obedecían sus pasos. Se desprendían con suavidad, deslizándose con una gracia inquietante. Algunas corrían hacia los árboles, otras ascendían al aire, como si buscaran escapar. No eran meros reflejos: parecían criaturas autónomas, sedientas de libertad.

Los lugareños, en cambio, avanzaban con calma. Sus sombras permanecían dóciles, como si compartieran con ellos un secreto que los forasteros jamás comprenderían.

Mientras meditaba en aquel misterio —sombras dóciles en unos, rebeldes en otros—, una figura oscura lo atrajo con un gesto juguetón.

Incapaz de resistirse, siguió a la sombra que danzaba caprichosa con el viento. Ella lo guio hasta el borde del mar, como si lo incitara a cruzar un umbral. Cuando por fin la alcanzó, la sombra se volvió hacia él y se fundió en su cuerpo con un estremecimiento.

Comprendió que todo el tiempo había seguido el rastro de sí mismo, que esa persecución lo había llevado hasta el umbral donde la luz se confunde con la sombra y lo real se disuelve en lo imposible

Con una urgencia inexplicable, sintió el deseo de compartir su hallazgo: no era justo que las sombras, tan libres de seguir su propio destino, permanecieran ignoradas por quienes caminaban sin advertir su danza. Pero lo detuvo una certeza amarga: nadie creería su revelación. Porque, en aquella isla, las sombras de los turistas ya habían tomado su decisión: bailar en libertad, aun bajo la indiferencia de los ojos que se negaban a verlas.

## LA OSCURIDAD HEREDADA



**E**n aquella casa, la oscuridad no solo caía con la noche: echaba raíces. Era una presencia antigua, transmitida en silencio, que corría por la sangre y se alojaba en los cuerpos. No se hablaba de ella, pero estaba en todo: en las miradas esquivas, en las palabras no dichas, en la rabia contenida, en el miedo sin nombre, en la vergüenza escondida.

Cada emoción reprimida se convertía en una sombra más. La familia las acumulaba, no en frascos de vidrio, sino en frascos de memoria: opacos, delicados, frágiles. En ellos se guardaba lo que dolía demasiado para nombrar. Nadie los miraba, pero todos sabían lo que pesaban.

La colección invisible dormía en el sótano, detrás de una vitrina polvorienta, entre telarañas que no eran de arañas, sino del tiempo detenido. Nadie bajaba. Nadie quería enfrentar lo que allí se guardaba.

Pero ella, la más joven, apenas de ocho años, aún sin cicatrices visibles, sentía crecer en el pecho una sombra propia, como una semilla oscura que no había elegido sembrar. No quería heredar los silencios de su madre, ni la furia callada de su padre, ni las mentiras suaves de sus hermanos.

Una noche, bajó al sótano. No para esconderse, sino para mirar de frente lo que todos temían. Se detuvo en medio de los frascos y, con voz firme, susurró:

—Conmigo termina.

Entonces, por primera vez, uno de los frascos se agrietó. No estalló, no se rompió en pedazos: apenas se resquebrajó lo suficiente para dejar escapar la oscuridad, como un humo antiguo que buscaba aire fresco.

Desde entonces no hubo más frascos en la casa. La oscuridad permanecía, sí, pero ya no como herencia: era un huésped que cada uno aprendía a mirar sin miedo, hasta que, con el tiempo, dejaba de quedarse.

## LA CASA HERIDA



**V**olvió después de años que la memoria había intentado borrar. No sabía por qué estaba allí, solo que debía estarlo, frente a la casa.

La fachada no era vieja ni nueva: cambiaba. A veces se mostraba nítida, impecable; otras, desdibujada, cubierta de polvo y grietas que parecían respirar. No tenía una sola cara, sino muchas, y las mostraba según quién la mirara.

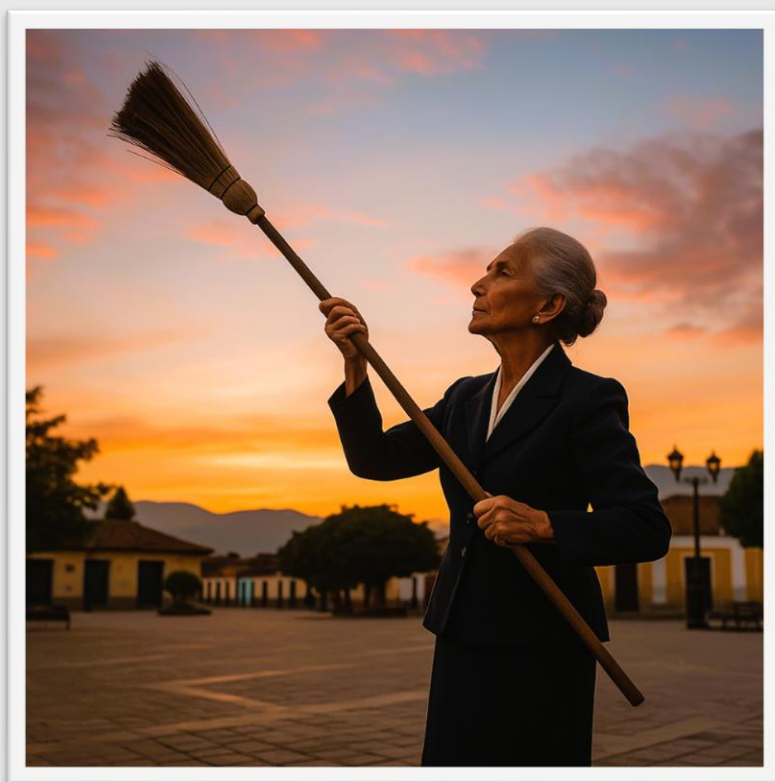
No recordaba haber recibido la llave. Sin embargo, estaba en su mano. Subió los escalones; el aire se espesaba a cada paso. Insertó el metal en la cerradura. No giró. La puerta se tensó, como un cuerpo que no quería ser tocado.

La madera estaba helada. No era un frío normal, sino un aliento detenido que ascendía desde el corazón de la casa. La casa no la rechazaba, la reconocía. Pero en sus muros latía una grieta antigua, un dolor callado que se estremecía con su presencia.

Lo que vivía allí no era recuerdo: era permanencia. No tenía rostro ni voz, pero estaba, observando sin ojos, respirando sin aliento. No abrió la

puerta. No hizo falta. La casa ya la había reclamado y no pensaba soltarla.

## LA DAMA QUE BARRE EL CIELO



**D**icen que, cuando el pueblo dejó de mirar al cielo, este envió a una mujer de luz y la dejó caer sobre la plaza mayor, justo al atardecer.

Tenía forma humana y aparecía solo cuando el aire se volvía dorado. Su misión era sencilla y sagrada: barrer lo invisible del cielo. No barría nubes, sino rencores, orgullos y palabras que nunca lograron tender un puente.

Cada tarde levantaba una escoba pequeña y trazaba un barrido largo y ascendente, como si peinara una bruma secreta que pesaba sobre todos. Lo hacía con lentitud y, al terminar, el aire parecía distinto: los hombros se soltaban, las voces se volvían suaves, hasta el viento hallaba camino. Y, en esa nueva ligereza, pequeños gestos empezaban a brotar: una mujer dejaba pan fresco en una puerta olvidada; dos vecinas se miraban de reojo, sin dureza; una niña que siempre se mantenía al margen jugaba por primera vez en el recreo.

Después, la dama trazaba círculos insistentes en el aire, como si soltara un nudo que se resistía a caer. Y, al final, cuando el sol se hundía tras

los cerros, barría en zigzag, rápido, con una energía que tensaba el aire como hilos invisibles. Entonces el pueblo parecía remendarse en silencio, puntada tras puntada: un hombre que siempre gritaba bajaba la voz hasta volverse susurro; una anciana dejaba flores en la tumba que había evitado por años; dos hermanos se cruzaban en la calle y no cambiaban de acera; un niño compartía su pelota favorita, sin miedo a perderla. Eran apenas gestos mínimos, pero cada uno cosía, sin palabras, una parte rota del pueblo.

Una tarde, al concluir su último barrido, la escoba se le deslizó suavemente de las manos. No cayó al suelo: quedó suspendida, girando en el aire, y se deshizo en un polvo brillante, tan fino como ceniza de luna. La dama la contempló con ternura, como quien despide a una hija que ya no necesita guía, y se alejó de la plaza. Nadie la detuvo. Solo quedó un silencio hondo, de esos que no duelen, pero permanecen.

Desde entonces, nadie volvió a verla. Pero, en cada casa, empezó a barrerse lo invisible: con la palabra justa, con el gesto que aquieta, con el silencio que sostiene. Y el cielo, ya limpio, siguió inclinándose un poco más sobre el pueblo, como si velara el cumplimiento de su promesa.

## EL SOMBRERO



**N**adie sabía de dónde venía ni a quién obedecía. El sombrero aparecía cuando el aire se detenía y las palabras ya no alcanzaban. Se deslizaba entre tejados, bajaba sin ruido, rodaba por calles sin nombre: Negro, antiguo, delgado como la línea entre lo dicho y lo callado. Y, cuando elegía, caía.

Al hombre que fingía gobernar, el sombrero le cayó sin aviso en plena inauguración de una obra ajena, pensada por otros, levantada por manos que nunca saludó. Entonces las palabras se le desmoronaron en la boca —promesas sin memoria, pactos sin rastro, discursos huecos—. Y, sin rabia, renunció. El pueblo celebró sin saber por qué, como si el aire se hubiera aligerado de golpe. Solo el sombrero, girando en lo alto, pareció entenderlo todo.

A quien confundía el deseo con la conquista, el sombrero le cubrió los ojos justo al pronunciar un «te amo» que ya no sabía a quién pertenecía. Entonces vio su voz multiplicada en otras bocas, migas secas de afecto, cuerpos sin mirada, silencios que nunca escuchó. Cada recuerdo le cayó encima como piedra guardada demasiado tiempo en el bolsillo.

No pidió perdón ni prometió nada. Solo empezó a quedarse donde antes huía, a hablar con las manos, a hundirlas en la tierra como quien oye su latido. Y, cuando una flor se abría cerca, la cuidaba, comprendiendo al fin que lo frágil no se conquista: se merece.

A una mujer que ofrecía su cuerpo pero ocultaba su nombre, el sombrero la encontró en una esquina sin faroles, donde la noche no alumbraba ni juzgaba. No hubo redención ni castigo. Solo una voz, antigua y propia, que le susurró: «Sirves para más de lo que te hicieron creer». Al día siguiente subió al primer bus sin mirar el destino. Lavó silencios en un río ajeno, caminó erguida, rió como quien rompe un pacto con la sombra. Desde entonces, nadie supo dónde vivía. Pero, en los pueblos por donde pasaba, el agua se volvía más clara y el aire —decían— olía a primer respiro.

Y usted, que ha llegado hasta aquí, guarde esto en la memoria: el sombrero nunca pesa, nunca hiere. Solo cae. Y, cuando lo hace, algo se rompe por dentro. Quien lo ha llevado, aunque intente continuar como antes, ya no camina igual. Sus pasos, después de ver lo que vieron, ya no saben mentirle al suelo.

## EL ÁRBOL



**E**n el Parque de Guápulo, en Quito, se alza un árbol antiguo. Cada amanecer, cuando la penumbra aún resiste, el árbol habla. Y siempre repite la misma frase:

«Las sombras caminan sobre el agua, pero el sol las observa desde su ojo cerrado».

Quienes escuchan la frase se quedan inmóviles. Al principio fingen indiferencia, se obligan a continuar la rutina como si nada hubiera pasado. Pero, con los días, la calma se resquebraja: una inquietud sorda se les adhiere a la piel y sus sombras, antes obedientes, comienzan a agitarse. Emergen recuerdos que creían enterrados, miedos antiguos, fragmentos negados de sí mismos que vuelven a reclamar lugar.

Es como si el árbol los pusiera frente a un espejo astillado. Sus formas se quiebran en reflejos imprecisos, corredores de un laberinto sin

salida. Y cada intento de encontrar respuestas no los acerca a la claridad, sino que los hunde un poco más en la caída.

## LA AUTORA

**DORYS MARGARITA RUEDA RODRÍGUEZ**

Otavalo, 1961.,



Es investigadora, docente y escritora ecuatoriana.

Licenciada en Letras y Castellano, cuenta con dos maestrías: en Literatura Ecuatoriana e Hispanoamericana, y en Literatura Infantil y Juvenil. Además, posee una especialidad en Currículum y Prácticas Escolares en Contexto, así como un diplomado en Currículum.

Es fundadora y directora del sitio web *El Mundo de la Reflexión*, creado en 2013 para fomentar la lectura y la escritura, divulgar la

narratología oral del Ecuador y recolectar reflexiones de estudiantes y docentes sobre diversos temas.

Entre sus publicaciones destacan los libros: *Lengua 1 Bachillerato* (2009); *Leyendas, historias y casos de mi tierra Otavalo* (2021); *Leyendas, anécdotas y reflexiones de mi tierra Otavalo* (2021); *11 leyendas de nuestra tierra Otavalo Español-inglés* (2022); *Leyendas, historias y casos de mi tierra Ecuador* (2023); *12 Voces Femeninas de Otavalo* (2024); *Leyendas del Ecuador para niños* (2025); *Entre Versos y Líneas* (2025); *Reflexiones* (2025); y *Cuentos de sueños y sombras* (2025).

Desde 2020, ha reunido a autores ecuatorianos para que la acompañen en la creación de libros, dando origen a textos culturales colaborativos en los que la autora comparte su visión con otros escritores. Entre estas obras se encuentran: *Anécdotas, sobrenombres y biografías de nuestra tierra Otavalo* (tomo 1, 2022; tomo 2, 2024; tomo 3, 2024); *Leyendas*

*y Versos de Otavalo* (2024); *Rincones de Otavalo, leyendas y poemas* (2024); e *Historias para recordar* (2025).

A lo largo de su trayectoria, ha sido reconocida por su valioso aporte al ámbito cultural, literario y educativo. En 2021, el Municipio de Otavalo le otorgó un reconocimiento por su contribución al desarrollo cultural de la ciudad. En 2024, fue reconocida como una de las 25 mujeres otavaleñas más destacadas por su trayectoria; ese mismo año, recibió una placa conmemorativa de la Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”, en homenaje a su legado en la literatura y la docencia. Asimismo, ha sido merecedora de dos medallas al “Mérito Cultural” otorgadas por la Cámara de Comercio de Otavalo, en los años 2024 y 2025.

